





**Valió la pena...**

¿Te gustaría vivir  
la vida que no  
elegiste?



**Valió la pena...**

¿Te gustaría vivir  
la vida que no  
elegiste?

**Charli Farinha Toni**

[www.elbolsotricolor.com](http://www.elbolsotricolor.com)

Portada: Aiztane Amaro

ISBN: 9781983061097

Sello: Independently published

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual  
Comunidad de Madrid, España.

Todos los derechos reservados.

La piratería será perseguida de acuerdo a la legislación vigente. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, incluido el tratamiento informático, transformación, plagio, distribución, fotocopia o comunicación de cualquier forma, ya sea por métodos electrónicos, mecánico o por registro, sin el permiso previo y por escrito de Charli Farinha Toni.

**A Carlos Torres Limón**



# Prólogo

Martín nace en un pueblo del Uruguay en 1941. Es el quinto de seis hijos varones y sus padres tienen lo justo y necesario para vivir el día.

Desde siempre conoce su verdadera orientación sexual y ello lo aparta, en gran medida, de su familia. El hecho de ser gay no lo cohibe como persona, solo teme el rechazo social.

Desde temprana edad tiene claro lo que quiere: no le gusta el lugar en el que nació, la ciudad, ni las carencias económicas ni la resignación con la que se vive ahí.

Tampoco quiere enamorarse ni tener hijos. No quiere una doble vida, una doble moral, ni mentirse. Además, cuando cumpla los cuarenta años, quiere dejar de trabajar, sin tener que preocuparse por la parte financiera.

Sabe que su única vía de escape es la cultura y está dispuesto a esforzarse todo lo que sea necesario para tener un título universitario.

En Montevideo el panorama lo sorprende. Se va a vivir con un ex-compañero, Manuel. Ellos, en realidad, no se conocen como para convivir y la situación los pone a prueba.

Acaba la década del cincuenta y juntos emprenden un camino que no estaba planificado por ninguno de los dos, aunque los llevará por distintas etapas y procesos.

De pronto, se encuentra en un punto de no retorno y se deben tomar importantes decisiones las cuales van a condicionar varias vidas.



Esta es una obra de ficción íntegramente producto de mi  
imaginación.

Los lugares, nombres, hechos, marcas e historias son el resultado  
de mi inventiva y existen en mi mente

y en este libro.

Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.



## Introducción

Ser gay y llevar una vida así no es fácil en un país del Tercer Mundo, y más en una sociedad tan hipócrita, en algún sentido, como la uruguaya.

Yo voy a contar lo que sé, lo que conozco en primera persona y lo que viví, desafortunadamente, en carne propia en algún momento o cerca.

Para la gente que cree conocerme de siempre y que apenas saben mi nombre y lo que sus imaginaciones digan, soy puto, o sea, gay pobre.

Hay que tener en cuenta y cuidado con esta palabra porque en el Uruguay se usa, básicamente, como insulto en el mundo heterosexual.

También están los putitos, es decir, los gais pobres con pluma. Se usa este término para humillar al homosexual sumando la dosis de ironía.

En cambio, al que pertenece a la clase media se le dice marica. Los términos puto y marica muchas veces son usados como sinónimos.

A su vez, quien usa una u otra palabra y el tono que aplica revelan las carencias culturales y los deseos reprimidos del humillador.

Marica también se le puede llamar a algún rico, profesor, policía, militar o a alguien que tenga un buen trabajo; se lo hace por envidia o porque ese hombre es homosexual.

También están los bufarrones que son los gais pobres reprimidos hasta la médula, pero que, por una cosa u otra, manifiestan su orientación homosexual, como al caminar, vestir, hablar...

Es común que dentro de los bufarrones estén padres de familia, que luego de beber tres cervezas, en los bares o en los clubes deportivos, estén, literalmente, frotándose en las braguetas.

Sí. Esto hacen varios señores casados con hijos en su haber. Sin embargo, estando sobrio, son más machos que el marido de la Coca Sarli.

Los dobles filos son los que, como sus palabras indican, les van las dos cosas: bisexuales. El grado de represión es grande.

También suelen ser hombres casados que con algo de alcohol en la sangre se desinhiben de forma alarmante. Así estamos, sí.

Los franelas son niños o que se conservan así casi en una eterna apariencia, adolescentes, jóvenes delicaditos al por mayor.

Exageran la pluma y hablan a los gritos. Suelen ser buenos estudiantes, muchos, incluso, reprimidos. De aquí suelen salir los travestis.

La gran conversión que hay en este grupo se da cuando en la educación secundaria, varios salen del armario y otros, en cambio, se echan novias.

Este grupo suele acompañarse de las chicas más guapas donde no se despegan ni para ir al baño. A veces son más femeninos que las chicas.

Los machos son los que más abundan por aquella tierra del Río de la Plata. Estos son los que ante una mujer se dan de galanes.

Son unos auténticos conquistadores, mujeriegos, participan en deportes y llevan la voz cantante donde quiera que vayan.

Suelen hablar a gritos y ante la presencia de un gay, le tratan despectivamente, burlándose en público de forma incansable.

Sin embargo, estando a solas, buscan al homosexual porque quieren estar con él. Al inicio se dan de activos, al menos lo intentan.

De todas maneras, la mayoría de los machos no tardan en darse la vuelta y pedir que lo penetren. Es como dice la canción del Cuarteto de Nos, *Pegame y decime Shirley*.

La mayoría de los machos, cuando se dan la vuelta, es decir, pasan a ser pasivos, son así definitivamente. Los ejemplos me sobran.

Si hiciese un libro contando nombres reales de personajes de allá, varios matrimonios supuestamente sólidos se derrumbarían en un soplo.

El término gay, en sí, es el que más se utiliza y se da aceptando la condición sexual, independientemente de su posición social.

Hay que tener muy en cuenta cómo se usa el término y en qué contexto, ya que también se puede usar como humillación.

En cambio, a las lesbianas se las llama tortilleras o tortas y pasan bastante omitidas. Sé de algún caso y disimulan mejor que los hombres.



Mi nombre es Martín Carrasco Garibaldi y nací en Parada Viña, una especie de pueblucho al que se llega por la ruta 31, en Salto, Uruguay.

Desde el mismo momento de mi nacimiento he tenido vivencias de todo tipo: intensas, apasionadas e inesperadas como las vueltas de la vida.

Mis padres no pudieron percibir, ni siquiera en sus más crueles pesadillas, en lo que me llegaría a convertir un día. ¡Hasta yo estoy pasmado del cambio que he dado!

Mi madre, católica, creyente, muy religiosa, aunque no podía ir mucho a la iglesia, ha sido la persona más importante de toda mi vida.

Y mi padre, católico también, aunque de perfil un poco más bajo, siempre le ha gustado estar más al margen de las realidades que se le iban presentando.

Desde el día de mi nacimiento, en el año 1941, el mundo ha cambiado más de una vez de forma vertiginosa y siempre traté de aprovecharme de cada contexto.

No siempre salí bien parado, aunque no me quejo de los resultados obtenidos. Valió la pena, la verdad es que valió la pena mi vida.



La relación que mantenía con mis hermanos, todos varones, nunca fue buena mientras convivíamos bajo el mismo techo.

Eran habituales los problemas y siempre sentí que la víctima era yo. Continuamente mi padre intervenía y yo solía salir ganando. ¡Qué años aquellos!

No creo que haya sido un niño ambiguo: me definiría, más bien, especial. Aunque, viéndolo en retrospectiva, creo que cada niño es especial en su mundo.

La mayor parte de mis recuerdos de la infancia están relacionados con el sexo: hombres desnudos o a fantasías relacionadas con el mismo género.

Mi padre nunca supo que soy gay, al menos por mi boca. Sin embargo, mi madre siempre me miraba de forma singular y su mirada me hacía un verdadero discurso que incluso hoy no me animaría a interpretar.

Mis hermanos siempre lo han sabido, aunque nunca me han dicho nada. Entre nosotros había una especie de acuerdo tácito: ninguno preguntaba nada acerca de la vida privada del otro.

Y en caso de que alguno comentase algo íntimo, las opiniones eran extremadamente reservadas o una mirada era suficiente por toda respuesta.

Creo que sé que soy gay desde que tengo cuatro o cinco años. Gay, (no *marica*), pues para nosotros, los uruguayos, el término *marica* es despectivo, un insulto.

Es más, a pesar del historial que tengo hay gente que piensa aún hoy en día, a esta altura del partido, que soy hetero, bien hombrecito, sí. Cosas de la vida, ¿no?



No sé si la vida, el destino o mis propias ambiciones son las que me han llevado por caminos tan distintos y peligrosos que, pensándolo hoy en frío,

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

no sé si lo volvería a hacer, creo que sí, aunque no lo puedo asegurar.

✓

Paradójicamente con respecto al resto de los niños, a mí sí me gustaba ir a la escuela. Es más, ¡me encantaba ir, me fascinaba!

Siempre tuve curiosidad por aprender, por saber más y solía estar insatisfecho con lo que sabía. Siempre quería aprender y un conocimiento me llevaba a investigar otro y otro, y así sucesivamente.

La primaria acabé con excelentes notas y toda la satisfacción que sentí por ello, era proporcional al temor por la nueva etapa que comenzaba.

✓

Como dije al principio, nací en un pueblucho, y la ley de vida de ahí era, y más en esos años, acabar con suerte la primaria e ir a trabajar.

Y trabajar la tierra, en la chacra como decimos nosotros. Enseguida conocer una novia, dejarla embarazada, casarte a los diecisiete años y llenarte de hijos al lado de una mujer que no querías y que no dejaba de engordar.

Yo no quería eso para mí y lo tenía suficientemente claro. Si de algo estaba absolutamente seguro en esos años, era lo que acabo de contar.

✓

Soy el quinto de seis hijos varones y cuando acabé la primaria, mi padre me exigió firmemente por única vez, y yo le hice caso, que siguiese estudiando.

Lo complací y seguí preparándome en la UTU.<sup>1</sup> Todos los que íbamos a estudiar a ese lugar no éramos bien vistos pero, paradójicamente, somos los mejores preparados.

En el Uruguay, incluso hoy en día, la mejor educación es la pública que, con todas las carencias que tiene, uno debe ganarse realmente cada reconocimiento.

El nivel de exigencia en la UTU es el más grande que hay en toda la nación. La mayor parte de los exámenes son prácticos, teóricos y orales, y cada parte es eliminatoria.

✓

En la década en la que nací y en la siguiente, el Uruguay fue bien visto desde el exterior; incluso se le llamó la **Suiza de América** o la **Suiza del Sur**.

He de reconocer que, según mi padre, en casa las cosas siempre estuvieron más o menos igual, o sea, mal o bastante mal.

Creo que el concepto de Suiza a mi país más se podría aplicar a Montevideo y al área metropolitana, donde ahí sí se veían las “vacas gordas”.

Lamentablemente, el país estuvo bien cuando los otros estaban mal, o sea, en guerra. Son paradojas del destino que muchos no quieren ver.

✓

---

<sup>1</sup> Universidad del Trabajo del Uruguay.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Cuando tenía trece años vi al primer hombre desnudo, aunque, en realidad, no era uno, sino cinco. ¡Sí, cinco hombres sin vestir para estrenarme!

Eran dos primos, tres vecinos y yo. Recuerdo que uno de mis primos, Esteban, propuso ir a bañarnos a la laguna. Era un caluroso día de enero.

Sí, de enero. No se olviden que mientras allá es verano, aquí es invierno ya que España y Uruguay pertenecen a hemisferios distintos.

Él propuso ir a la laguna a darnos un chapuzón mientras que yo solo me limitaba a escucharlo. No opinaba, solo seguía al montón.

En ese momento, Esteban tenía veintidós años, todo un hombre. Mi otro primo tenía diecinueve y los vecinos veinte, quince, y diez, y yo de trece añitos.

Era un niño y lo seguiría siendo por varios años más. Fuimos a la laguna: un lugar solitario, de agua cristalina y poco profunda, y con árboles en una de las orillas.

Ese día me marcó para siempre. Ese instante, precisamente, estampó el prototipo de hombres que me gustarían en el futuro.

—¡No sé ustedes, —dijo Esteban—, pero yo me voy a bañar en bolas!

Sin más que agregar, se quitó la ropa y se lanzó a los gritos al agua. Sí, así de simple. Nosotros no salíamos de nuestro asombro y no nos atrevíamos ni a mirarnos.

De repente, Esteban volvió a salir del agua y tenía la verga bastante dura. Él ni se inmutó y yo no podía apartar la atención de sus genitales.

Estaba como hipnotizado hasta que sentí la mirada de uno de los vecinos, el más grande y, sin darme por enterado miré hacia un lado.

—¿Qué?, —dijo y desvió la vista entre cada uno de nosotros—. ¿No se van a bañar? ¿O ya están con la menstruación? ¡Son unas nenitas!

Al decir esto, se miró los genitales, se agarró la polla, se la peló mientras se le endurecía y volvió a lanzarse velozmente en el agua.

De inmediato los otros empezaron a quitarse la ropa de prisa y se lanzaban al agua. Mientras, ¡a mí no me daban los ojos para mirar tanto!

Recuerdo que estaba en el dilema, ya que sentía que, por un lado, tenía que observarlos y gozarlos, al menos con la vista y, al mismo tiempo, debía ser discreto.

¡Mierda, eso sí que era un problema! Y para completar el plan, cuando me saqué la ropa, como por arte de magia, se me puso tan dura como una barra de hierro.

Sin embargo, como todos ya estaban en el agua, nadie se dio cuenta. Me metí de inmediato en la laguna y ahí todo volvió a la tranquilidad.

¡Horas pasamos adentro del agua!, debajo de las sombras de los árboles, conversando de mujeres, de sueños, de metas, de lo que nos depararía la vida.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

De todas maneras, yo sabía mejor que nadie que estaba en un punto de no retorno. Y no sabía qué hacer ni decir, ni siquiera a quién recurrir.

Lo único que temía de mi situación, es decir, de mi homosexualidad —totalmente tabú en ese momento y en ese rincón del mundo— era el rechazo social.

Y eso sí que hacía replantearme, de nuevo, cada cosa, cada paso que tenía que dar y las decisiones que debía tomar. No fue fácil.

En ese día no pensé que más de cincuenta años después, no solo no sería mal visto a nivel general, sino que podríamos contraer matrimonio en ese mismo país, en el Uruguay, en la ex-Suiza de América.

El cambio de mentalidad del mundo occidental que ha habido en los últimos cincuenta años no deja de asombrarme cada día, para bien y no tanto.



**Alguien me dijo: el destino de los que llevamos este apellido es así. O sea, no te pongas a soñar despierto porque es una pérdida de tiempo.**

**Aquí terminas la escuela y, si eres hombre, vas a trabajar a la tierra y las mujeres van a buscarse la vida sacando la mugre a los ricos.**

Recuerdo que yo solamente me limité a escuchar y asentir, aunque tenía más que claro que a ninguna de sus palabras haría propia.

Nunca cambié mi opinión sobre esa persona; es alguien que se reprime y que no vivió ni deja vivir. Todo lo que hizo y hace me resbala.

Una de las cosas que me jugó a favor, o en contra — según en qué ámbito estuviese— es que nunca nadie podría haber afirmado que me conociese de verdad.

Siempre daba la impresión que guardaba cosas importantes, las cuales no compartía con nadie más que conmigo mismo. No me importaba ni me importa.

Sé que tengo una actitud exclusiva y las personas que objetivamente me interesan, dejo que me conozcan. Los otros, NO.



Esa noche, luego de haber visto tantos hombres desnudos, no podía conciliar el sueño. Tenía las imágenes tan vívidas que no podía desconectar.

Para colmo no me podía ni masturbar; al dormir arriba de una cama marinera, todo movimiento que hiciese despertaba a mi hermano que dormía abajo.

Yo estaba en otro planeta. Mis primos no eran nada del otro mundo, no estaban mal. Buen cuerpo, castaños, enérgicos, altos, bastante apuestos...

En cambio, uno de mis vecinos sí que me había dejado sin aliento; el que sentí que me observaba. ¡Dios, qué hombre aquél!

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

No era de hablar mucho; no sabía si era tímido o ya jugaba con más de una intención. Ese vecino, Mariano, el de veinte años, era más alto que yo y no muy delgado. Estaba muy bien. Cara delicada, el pecho con vellos. Sus piernas eran musculosas. Yo diría que cada cosa la tenía en la medida justa.

Imaginé tantas veces un encuentro con Mariano que, con solo pensarlo, el placer se instalaba en mí ser como una dulce recompensa.

✓

Por las mañanas despertaba, asiduamente, empapado por los sueños húmedos que, cada vez, se estaban haciendo más habituales.

Para que mamá no se diese cuenta de lo que me sucedía realmente, empecé a lavarme la ropa alegando que quería ayudarla en algo.

Ella, suspicaz, aceptó. También he de decir que ella lavaba la ropa a mano de ocho personas. Era mi madre, no mi esclava. Mamá no tenía vida.

De esa manera, poco a poco, me fui haciendo menos dependiente del resto de las cosas. Empecé con la ropa, seguí con el orden de mi cuarto, aunque lo compartía con mi hermano, el que lo limpiaba era yo.

Siempre que limpiaba el dormitorio tenía problemas con mi hermano. En casi todo, por no decir en todo, somos como el agua y el aceite.

✓

Al haber empezado la educación secundaria en la UTU mi paradigma de la vida, cada vez, se hizo más amplio y ahora veía cada cosa con otros ojos.

Cada vez me estaba haciendo más crítico de la realidad social que estábamos viviendo y ya no me conformaba con lo que decía y aceptaba la mayoría de la gente.

Hice el CBU<sup>2</sup> y ese fue mi primer gran logro personal, más que profesional. Me estaba demostrando a mí mismo que yo, si me proponía algo, lo podría conseguir.

Al principio me costó adaptarme al nuevo sistema. Venía de una escuela pequeña donde todos nos conocíamos y pasé a una institución mucho más grande.

Por ejemplo, había nueve grupos de primer grado y, por lo menos, cada conjunto tenía treinta alumnos. ¡Y no estoy exagerando!

Tardé meses en adaptarme a ese mundo. Finalmente, nunca reprobé ninguna asignatura. A todas las exoneraba durante el año. Y mi promedio era bueno.

Claro, todo tiene un costo y también lo tuve que asumir. Mientras el resto de la gente estaba preocupada por la novia o el novio, yo estaba impaciente por estudiar.

Y en ese momento las preguntas que nos hacíamos los estudiantes eran descaradas y directas, sin importar nada más que la respuesta que se pudiese obtener.

---

<sup>2</sup> Ciclo Básico Único.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Más de una vez me preguntaron por qué no salía a bailar a la matinée o por qué no participaba en eventos que se organizaban y siempre respondía con evasivas.

Llegó un día que se me ocurrió aislarme a nivel musical. Decía simplemente que me gustaba, —y me gusta, claro—, el *rock and roll*, y esa música no era bien recibida en esa parte del mundo en esos años.

Mayormente me limitaba a oír. Escuché sobre el primer beso, el primer cigarrillo, la primera borrachera, el primer porro, el primer encuentro sexual...

Cada cosa escuché, pero yo estaba en un momento, al menos, en teoría, asexuado. Sabía mejor que nadie que me encantaban los chicos y debía fingir lo contrario...

Esta es una de las mentiras que ya me he perdonado. Me justifico de mil maneras, aunque todo se resume en el rechazo social que podría obtener.



Cuando tenía quince años encontré en casa el libro, *El Príncipe*, de Maquiavelo, el cual cambió mi vida para siempre. Fue el primer paso.

Leí ese libro más de una vez y no quería ni podía dejar de planificar mi futuro. En alguna parte de mi mente sabía que ese autor tenía razón.



Aprobé el CBU y mis padres, al ver mis resultados, estaban preocupados porque un talento como yo se fuese a estropear si no se seguía preparando.

—¿Qué vas a hacer en el futuro?, —preguntó papá una mañana calurosa de diciembre.

—Quiero pasta, —respondí.

Él le buscó la vista a mi madre.

—Necesito pasta, —agregué.

—¿Por qué?

—La necesito. Así no puedo seguir.

—¿Y si sigues estudiando?, —dijo mamá.

—No puedo. Así como estoy no puedo.

—No te cierres tanto. Muchos de los que tienen pasta hoy solo dependen de zafras... ¡No te haces idea de cuán duro es ese trabajo!

—Así no puedo seguir. Estoy siendo un mantenido.

—Eso no es así, —dijo de inmediato mi padre.

—¿No?

—No. Eres mi hijo, vives en esta casa y estás estudiando.

—Pero no tengo pasta. Y eso es lo que yo necesito ahora.

—Como quieras.

En mi mente sólo estaban las palabras que había oído a *alguien* años atrás. Mis padres se dieron cuenta que yo estaba desesperado y que no desistiría.

Sin embargo, a pesar de la pena que sentía, papá me ayudó y me consiguió una zafra en la que estuve trabajando un par de meses.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

No tardé mucho en abrir los ojos, aunque, cuando lo hice, era tarde. Ese año ya lo tenía perdido y me molesté conmigo mismo por haber sido tan ciego.

✓

Al año siguiente me cambié al IPOLL<sup>3</sup> con más dedicación que antes, siempre pensando en mi meta y en lo que sería mi futuro si no hacía algo para evitarlo.

Ahí todo era más *light* y los chicos eran más guapos. Se respiraba bastante la frivolidad y la superficialidad estaba impresa en cada uno como un tatuaje.

Cuando empecé bachiller comenzó mi ruptura definitiva con mi linaje. Mi afán de aprendizaje fue tan grande, mi entrega tan intensa que llegó un punto que ya no sabía qué hablar con ellos.

Luego de unos años y de otras vivencias, supe adaptarme al contexto. Nada mejor que haber vivido cada suceso como para valorar el presente.

✓

Hay veces que, sí o sí, solo la experiencia de haberlo vivido nos puede dar determinados aprendizajes y es algo que no tiene precio.

✓

Cuando vienen los problemas, lo hacen todos juntos los muy hijos de puta y yo lo pude comprobar en primera persona, lamentablemente.

---

<sup>3</sup> Instituto Politécnico Osimani y Llerena.

Era un día helado de julio y el sol se colaba entre las nubes que oscurecían el pueblo desde hacía semanas y yo estaba temblando como una hoja caduca de otoño.

Acababa de despertar con tanto miedo y una sensación de vacío que no me agradaba nada. Me levanté como todos los días aunque sabía que todo empeoraría.

Cuando llegué a la cocina me topé con mi hermano más pequeño y mi padre que estaban mirándose a los ojos. No me gustó lo que vi en esas miradas.

—¿Qué pasa?, —pregunté.

Papá negó con la cabeza.

—¿Qué pasa?, —volví a preguntar.

—Ya es tarde, —dijo mi hermano.

—¿De qué estás hablando?

Mi hermano miró a mi padre y papá estaba de lado.

—Acaba de morir mamá, —agregó mi hermano.

—¿Qué?

Lo miré incrédulo y él asintió mientras mi padre se cubrió el rostro con las manos. El silencio de ese amanecer se intensificó como nunca antes.

—No puede ser, —musité—. Ella no estaba tan mal como para...

—Ahora descansa en paz.

—No puede ser, —me obstiné—. ¿Qué hacemos?

—Ya me ocupo yo, —dijo papá.

Pasamos otro minuto sin decirnos nada.

—¿Qué vas a hacer tú?, —me preguntó mi hermano.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—No sé.

—¿Vas a ir a verla?, —insistió.

—No sé. No puedo creer que haya muerto.

—Ni yo. Pero la vida sigue.

—Ojalá.

Un sabor amargo me invadió y sentí ganas de vomitar.

✓

Se fue mi vieja al viaje sin retorno y yo no le dije adiós porque jamás acepté su partida. ¡Maldita naturaleza que siempre quita a las personas que más quieres y necesitas!

La vida es así: le gusta jugar con cartas marcadas y a mí me tocó perder. Me pareció injusto que haya muerto y yo no quise ver su cuerpo.

Vi el ataúd cuando estaba cerrado y recuerdo que mi mente se negaba a aceptar que esa caja de madera tuviese a la mujer que más hizo por mí.

Me aislé tanto de la realidad que parecía un autómatas: era mi medio de protección. No pensaba. No veía. Todos mis sentidos estaban dormidos como medida de supervivencia.

✓

En los meses siguientes también se fueron mis hermanos de la casa de mi padre. Se fue mi madre y tres de mis hermanos decidieron cambiar de residencia.

A los dos meses se fue el mayor y eligió como destino Brasil. Decía que en nuestro vecino al ser el más grande y poderoso, habría más oportunidades laborales.

El otro se decidió por Montevideo ya que decía que en la capital siempre se está mejor que en cualquier lugar del interior y que no quería abandonar las tierras uruguayas. Sin embargo, el pequeño se fue a Buenos Aires tentado por el fútbol, la cercanía al Uruguay y las ganas repentinas que le vinieron de conocer la Argentina.

Pasamos de ser una familia numerosa a ser cuatro personas. Todo, de inmediato, se debió reestructurar y nunca se está apto para algunos cambios.

No obstante, contra todo pronóstico y obstáculo que se me fue poniendo en el camino, acabé de estudiar y cada vez veía más dificultades en el camino a seguir.



A medida que pasaba el tiempo, menos decía de los resultados profesionales obtenidos y papá lo pudo comprobar, años antes, que si yo no hablaba era porque las cosas estaban saliendo bien. Y así era.

Hasta ese momento era el único de toda la familia — primos, hermanos, tíos, abuelos—, que tenía el bachiller íntegramente aprobado.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Y con esa edad ya no se hablaba del primer beso ni de la primera vez; ahora no había tonterías de ese tipo, sino que se experimentaban relaciones estables.

A mí, cada vez, se me hacía más difícil el contexto y no sabía qué camino seguir. El único refugio que hallaba era mis estudios y ahí volqué toda mi energía.

✓

Faltaba un año para que acabara la década del cincuenta y solo sentía que estaba más en un callejón sin salida o en una bifurcación de varios caminos.

No sabía qué era lo peor y el futuro se exhibía tan difuso que yo temía hasta por el aire que respiraba. No hacía más que darle vueltas a las posibles salidas que percibía. Yo tenía dieciocho años y era bastante atractivo, aunque mi boca, ni el resto de mi cuerpo, habían sido estrenados y eso tampoco sabía cómo encararlo.

En casa nunca se habló de sexualidad. Lo poco que sabía acerca de la misma era producto de mis lecturas y de oídas al azar.

Volví a releer el libro *El Príncipe* y me recordó mi meta: la meta. Aunque no tenía casi ninguna experiencia había cosas que las tenía claras:

Quería llegar a los cuarenta años sin hijos, sin haberme casado, sin haberme enamorado y, lo más importante, con ahorros suficientes para vivir el resto de la vida sin trabajar.



Al finalizar el bachiller hablé con mi viejo seriamente y le dije que seguiría estudiando. Él se mostró encantado y fascinado a partes iguales.

Sin embargo, él sabía que no era económico continuar aprendiendo. De todas maneras, papá no tenía la menor idea con las armas con las que contaba.

Mi padre estaba a punto de jubilarse. Hay que tener en cuenta que me tuvo ya siendo un hombre mayor y eso no es habitual allá, y menos en esos años.

Papá, desde siempre, quiso que estudiase profesorado, mientras que mi madre que siguiese magisterio. Me lo dijeron tantas veces que se me talló a fuego. Estudié pero lo que realmente me apetecía.

—Papá, voy a estudiar, pero lo que me dé la gana.  
Él me miró fijamente.

—¿Qué te gusta?

—Quiero ser Diplomático.

—¿Diplomático?

Asentí y él se abstraigo de la realidad.  
Meditabundo estuvo unos minutos.

—¿Qué es eso exactamente?

—¿Has escuchado hablar sobre los embajadores?

—Sí.

—Bueno, un diplomático es eso: un embajador.  
Se encarga de representar a su país fuera de las fronteras nacionales.

—Ah. ¿O sea, tienes que irte?

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—Sí. Es lo que quiero.

—Ah.

—¿Qué pasa que quedaste tan serio?

—Bueno, nada... No sabía que te gustaría estudiar para eso...

—La verdad es que yo tampoco. Hay muchas cosas de este mundo que quiero entender y creo que la única forma es aprender eso...

Quiero saber cómo es la ley internacional. Por qué los embajadores tienen tantos beneficios. Por qué ganan bien. Son unas cuantas cosas que quiero saber.

Y claro, yo también me quiero beneficiar de eso. Ya que me gusta, lo quiero aprovechar, pero claro, tengo que estar preparado, ¿no? ¿Qué te parece?

—Bueno, ahora mismo no sé qué decirte...

—¿Te parece mal?

Él negó brevemente con la cabeza.

—Vale.

De pronto, descubrí que una mezcla de emociones lo invadió y le estaba costando lidiar con ellas. Papá se mostró orgulloso, temeroso y realizado.

Orgulloso porque andaría diciendo por ahí, o por lo menos lo pensaría con cada persona que hablase, que su hijo es el embajador en tal lugar.

Temeroso porque sabía que yo, una vez que tuviese alas, volaría y cabía la posibilidad que me viese una o dos veces al año, con suerte.

Y realizado porque, como soy el único de mis hermanos bachillerato, y uno de los pocos de la familia, al tener un título universitario, al menos uno de sus hijos estaría por encima del resto a nivel profesional.

Yo aparentaba más calma de la que tenía. Además, tenía que eludir el servicio militar obligatorio. Y esa fue una de las pruebas de fuego que tuve que pasar.



De algo estaba íntegramente seguro: yo no quería por nada del mundo perder un año haciendo el servicio militar obligatorio.

De hecho, los milicos, los militares, los curas y los políticos (con la diplomacia no me consideraba político) son personas *non gratas* para mí y sigo pensando así.

Faltaba firmar un papel para que yo entrase a hacer ese servicio y miles de cosas se me pasaban por la cabeza con tal de librarme de eso.

Me acuerdo que era el último de la fila y estaba temblando más que un niño asustado en la oscuridad que se imagina mil atrocidades.

Descubrí que el militar que comprobaba los datos delante del joven que haría el servicio, una vez que daba el visto bueno y los veía retirarse, su mirada iba dirigida a los paquetes y a los traseros de esos chicos.

Cuando me di cuenta, mi cabeza empezó a dar más vueltas que una noria fuera de control. Y, sobre todo, a pensar en las consecuencias si algo no salía bien.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

De un instante para el otro el miedo aumentó tanto como la excitación de lo que estaba a punto de hacer o provocar. Sentí que no tenía escapatoria.

Nada fue planificado. No obstante, cuando quedé solo con el militar, fingí desvanecimiento y me dejé caer. Fue la manera que encontré para que no fuese tan violento.

El militar se asustó cuando vio caerme; de inmediato, me desabrochó los botones de la camisa y, preocupado, me hizo viento con la ropa.

Un minuto aproximadamente estuve en ese estado inconsciente hasta que, lentamente, abrí los ojos y miré con cuidado para los lados.

Yo sabía que no había nadie pero consideré necesario hacerlo. Los ojos del militar, donde un cartelito indicaba que se llamaba CT Marck, no se perdían ningún movimiento que yo hiciese.

Era un hombre de unos cuarenta años, con el cuerpo trabajado donde los pelos del pecho se veían a través de un botón sin abrochar de la camisa.

Enseguida apreció que tenía la verga dura. La incomodidad sólo perduró siete segundos porque los conté. Yo miré mi paquete y éste ponía resistencia.

Ahí miré y descubrí que a él también le pasaba lo mismo. Volví a sentir su mirada e hizo una mueca lo suficientemente sugerente.

Con timidez dirigió una mano a mi bulto y yo sentí que el corazón se me iba a detener. Dejé de extenderlo más y sonreí mientras miraba su paquete.

Mis ojos no salían de su bulto y mis manos, como si tuviesen vida propia y no quisiesen perder el tiempo, se dirigieron a él como si estuviesen poseídas.

El militar no dudó en desabrocharse la bragueta. Tenía un bóxer amplio y abierto en la parte delantera y, a través de ella apareció su polla que salió disparada como si estuviese de guardia.

Dudé. En realidad, no sabía qué hacer. Tenía ganas de hacer muchas cosas y temía su reacción. No tenía referentes de ningún tipo y estaba confuso.

El militar se dio cuenta de lo que me estaba sucediendo y me ayudó. Acercó su instrumento a mi boca y lo dejó en el borde de mis labios.

Le bajé el calzoncillo y acaricié las caderas mientras cerré los ojos y me puse aquel pedazo en la boca. Nunca pensé que podría llegar a hacer eso.

El placer era mayor y me dejé llevar. No obstante, la vida apenas me estaba mostrando la punta del *iceberg* de lo que vendría con el tiempo.

Además, esa era mi primera vez y lo estaba haciendo con un hombre experimentado, no tenía forma de comparar. El tiempo me daría todas las respuestas.

Después que se la chupé, me hizo poner de pie mientras sonreía, me besó suavemente en la boca en el momento en el que me tocaba la verga por encima del pantalón.

Yo estaba tan incrédulo como aturdido por lo que estaba viviendo. Habían varias razones para que el tiempo pasase veloz y otras para que no termine ese día.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

El militar se agachó, sin dejar de inspeccionarme por encima de la ropa, bajó la cremallera de mi pantalón y mi verga no dudó en saltar como un resorte.

Mi polla se iba a estrenar en una boca y yo estaba atónito por cómo se seguían desarrollando los hechos. Miles de cosas pasaban por mi mente en esos segundos. Cuando advertí que mi polla se metía en aquel agujero húmedo, cálido y pequeño, y sentí que se empezaba a mover a un ritmo frenético, creí que iba a enloquecer.

No quería acabar, aunque estaba a punto. El militar se dio cuenta, se la sacó de la boca y me la apretó fuerte, justo en el lugar en el que comienza la cabeza.

La verdad es que me dolió, aunque enseguida disminuyó mi grado de excitación. Ahí comprobé que estaba tratando con un hombre de verdad.

Luego me hizo apoyar en el escritorio, con el pantalón por el suelo y sacó mantequilla de un cajón. Se untó la verga, me la puso por la zona anal y me hizo masajes.

A esa altura ya no tenía miedo, me estaba enfrentando a un experto y eso me dio confianza. Mil veces pensé en mi primer encuentro y nunca visualicé algo así.

Cuando sentí su peso sobre mí y esa arma que entraba en mi interior más rápido de lo que creí capaz, mi ardor aumentó de forma alarmante.

Nunca pensé que mi primera vez fuese así. Jamás creí que un hombre daría tanto placer a otro, que pudieran cambiar tantas cosas en pocos minutos.

Se movía perfectamente. Empujaba y disminuía la velocidad, me besaba la espalda, me apretaba las caderas, me lamía el cuello.

El contacto de sus vellos con mi espalda amplió cada cosa que sentía, sus piernas me sostenían firmes y ese regalo que la naturaleza le dio y tan bien lo sabía usar...

No podía pedir más. Llegó un instante en el que liberé mi mente e inundé el escritorio al lado de un montón de papeles con el membrete del cuerpo del ejército.

El militar, cuando se dio cuenta, me besó la nuca y no tardó en regarme el trasero con ese semen caliente y viscoso que empezó a caerme por los muslos.

Juntos, unidos, permanecemos unos segundos más. Yo no quería que se acabase ese encuentro, pero el tiempo parecía ir más deprisa que lo habitual.

Cuando la sacó, lo miré y la tenía amorcillada. Tenía una polla enorme, un instrumento que sabía manejar. No, no me podía quejar.

Se volvió a vestir aunque no le aparté la mirada. El tipo me gustaba. Pensaba, quedaba en blanco. Era el hombre y el amante que yo quería para el resto de la vida.

—Vístete, —dijo después.

Le hice caso mientras él limpiaba los restos de esperma. Una vez que todo volvió a la normalidad, nos sentamos uno frente al otro y sonreímos.

—Va a ser difícil para ti ahora que te toca hacer la mili.

Negué con la cabeza y bajé la vista.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—No quiero hacer la mili, —dije en un susurro—. No quiero perder un año de mi vida en eso.

Él suspiró y mis nervios querían quitarme hasta el aliento. Alguien llamó la puerta. Entró otro militar de unos treinta años y me echó una mirada.

—Sargento Marck, —dijo con el saludo militar.

—Martínez.

—¿Él es Carrasco?, —preguntó mientras me miró. Marck asintió.

—Lo estamos esperando, —agregó.

—¡Uf!, —dijo Marck.

El militar frunció el ceño y desvió la vista de Marck a mí.

—No puede incorporarse.

—¿No? ¿Por qué?

El otro militar empezó a intercalar la atención entre Marck y yo.

—Porque es asmático y tiene los pies planos.

Hizo una pausa en la que intercaló la vista entre Martínez y yo.

—Aquí están los certificados médicos, —dijo mientras señalaba unos papeles.

El militar volvió a mirarme como si quisiera retener mi rostro, asintió sutil, saludó a Marck formalmente y se retiró dando largas zancadas.

—¿Por qué dijiste eso?

Me miró con curiosidad e hizo una mueca la cual simulaba una media sonrisa.

—Me dijiste que no querías hacer la mili.

—Entonces, ¿cómo vas a probar lo que acabas de decir?

—No te preocupes.

—¿No?

—No. Tengo un «amigo» que es médico.

—Ajá.

Sonrió. Se paró y quedó en medio de la estancia mientras se frotaba la mano por la barbilla. Me pregunté qué estaría pensando en ese instante.

Cuando puse toda mi atención en él, advertí que se estaba frotando la bragueta y que el bulto estaba enorme. Yo sonreí y miré directamente su bajo vientre.

Cuando se dio cuenta que yo lo estaba observando, negó con la cabeza mientras contenía la risa. Me pareció surrealista lo que estaba viviendo.

—Ahora es mejor que te vayas. No quiero que nadie más te vea aquí.

—Vale.

—Ya es tarde. Y no te preocupes por nada porque yo me ocupo.

Me paré y me sentí encadenado. Se acercó y me besó en los labios, me volvió a acariciar el trasero y el paquete, y comprobó que la tenía dura.

—Ahora no puede ser, —dijo en voz baja—. Ya nos encontraremos en otro lugar.

—¿Por qué?

—Otro día. Quizás en otro sitio.

Se mordió el labio inferior.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—De verdad, es peligroso que sigas aquí.

Empecé a caminar a la salida y sentí que me temblaba hasta el aliento. Oí que la puerta se volvía a cerrar y no me atreví a mirar atrás ni a los lados.

✓

Mientras iba por ese largo pasillo me sentía como en una burbuja. Estaba en el aire, sin poder creer lo que sucedía ni en lo que recién había pasado.

Había tenido mi primera experiencia sexual y la realidad superó mis expectativas. Tantas horas pensando en cómo sería ese encuentro... ¿Con miedo, con pánico?

Si bien era el año 1959, no dejaba de vivir en el Uruguay, en el departamento de Salto. Y esta experiencia no la hubiese creído ni en la mejor hipótesis.

Fue perfecto. Fue tan ideal que hasta a mí me costaba aceptar que había pasado realmente. Pensé más de una vez que era un sueño del que pronto despertaría.

No obstante, no desperté y la vida siguió normal. No fue un sueño. Yo había sido poseído por un hombre hecho y derecho.

✓

Cuando llegué a casa no sabía cómo ocultar la alegría, la dicha que me atrapaba, la felicidad que me atontaba y papá se dio cuenta de que algo había pasado. Incluso lo vi con ganas de preguntarme algo aunque no le di lugar. Tomé conciencia de lo que podría significar una palabra de más y la razón se impuso a la emoción.

Durante el viaje de regreso a casa, lo único que hice fue revivir, una y otra vez, esos momentos tan placenteros que había pasado.

Y no pensé en qué le diría a papá acerca de que estaba exonerado del servicio militar obligatorio. Tenía que pensar algo rápido.

—Necesito ir al baño, —le dije.

Me miró.

—Ya vuelvo, —agregué.

Salí corriendo y me metí en el baño. Ahí me miré en el espejo y la sonrisa era tan evidente que hasta yo me desconocía. Me lavé la cara y me volví a mirar.

Cuando salí papá seguía en el salón bebiendo mate<sup>4</sup>, como si nada extraño hubiera notado en mí. Me senté frente a él y me dio un mate.

Cuando bebí el primer sorbo, lo miré a los ojos y él se hizo el desentendido, aparentemente absorto en sí mismo. No pude leer sus pensamientos.

—No va a ser necesario que haga el servicio militar obligatorio, —arranqué.

Me miró para cerciorarse si le estaba diciendo la verdad.

—¿No?

—No.

—¿Por qué no? ¿Cómo hiciste?

—Contactos, —musité—. Simplemente contactos.

—Ammm.

---

<sup>4</sup> Infusión caliente de sabor amargo preparado con hojas de yerba mate.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Volví a sorber el mate y papá no me apartaba la vista.

—Ahora estaba en la casa de un amigo y su padre es médico...

Hice una pausa, bebí más mate y pasee los ojos alrededor.

—Hay cosas que se pueden arreglar...

Le entregué el mate y, mientras cebaba otro, preguntó:

—Entonces, ¿te vas...?

Asentí muy lentamente y mi padre asumió lo que le había dicho durante toda la vida. De pronto, vi cómo se ensombrecía su aura y me sentí mal por ello.

Él sabía que llegado el día, me iría, porque quería un futuro mejor y en ese rincón del mundo en el que vivía no encontraría nada de lo que estaba buscando.

Papá respiró hondo y me di cuenta que no sabía qué decir. A mí me pasaba lo mismo porque no quería herirlo. Durante varios minutos el silencio nos escoltó.

—¿Cuándo?, —al fin preguntó.

Levanté la vista e hice como que recordara la fecha.

—Febrero, marzo. No lo sé bien.

La mirada le quedó brillante y me sentí desvanecer.

—Y, ¿vas a estudiar eso que me dijiste?

Volví a asentir y un sabor amargo invadió mi boca. No sabía lo que estaba pasando y los ojos me comenzaron a picar. Nada estaba controlando como otras veces.

Me sentí desagradecido e injusto con él. Papá, a esa altura de la vida, iba a vivir solamente con dos de sus hijos, casi lo mismo que decir que estaría viviendo solo.

Sus otros hijos se habían ido del país. Había enviudado siendo joven todavía, no llegaba a los sesenta años cuando quedó sin pareja. Y ahora yo también me iba.

Su mirada estaba vidriosa. No, al no saber qué hacer, me sentí entre la espada y la pared, casi traidor por estar planteándole que yo también lo dejaría solo.

No tenía la menor idea qué comentario hacer o cómo mirarlo a los ojos. Con mi familia nunca fui capaz de demostrar mis sentimientos.

Hoy me doy cuenta que nunca lo hice porque nadie lo hizo conmigo. Y, me guste o no, en muchas cosas sigo siendo un reflejo de mi gente.

**Mi vida ha sido un sendero de aprendizaje y pruebas continuas, ésa fue una de tantas. No, no me quejo. Sería injusto si me quejase.**

**No cambiaría nada de mi vida. Todo ha tenido una razón de ser y los resultados obtenidos son los que más de un ser humano desearía en su haber.**

—Que tengas suerte, Martín.

Cuando lo escuché, lo miré y no me apartó la vista.

—No la vas a necesitar, pero que tengas toda la suerte del mundo. Ya eres un hombre y tienes las cosas más claras que yo a tu edad y... Y siempre fue así.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Te irá bien. Sí. Te irá bien, Martín. Te mereces que te vaya muy bien porque sabes qué es lo que no quieres para tu vida. Yo no tuve esa visión a tu edad.

No me atreví mirarlo a los ojos porque temía desmoronarme. Sin embargo, mi corazón y mi cabeza gritaban más de lo que estaba siendo capaz de aguantar. Respiré hondo y miré hacia el suelo mientras contenía las emociones; el escenario se intensificaba a medida que pasaban los segundos.

—Gracias, —musité.

Volvió a darme otro mate y ahora ambos evitamos la mirada.

—Me gustaría que te vinieses conmigo, —dije pasados unos minutos.

—¿Para qué?

Imprimió una mueca resignada en su rostro apagado y siguió.

—Tú eres un chico todavía, tienes toda la vida por delante... Si no me fui de aquí cuando tenía tu edad, mucho menos me voy a ir ahora.

Una vez más, papá tenía razón. Me inquietaba porque estaba por jubilarse y, cada vez, estaba más solo: la calma que tenía no reflejaba su auténtico interior.

—Ahora, que terminó la guerra, con lo que tú quieres estudiar, te va a venir bien, Martín. Sí, espero que sí. Estoy seguro que sí.

Medité un momento.

—Quiero pasta, mucha pasta, como te vengo diciendo desde siempre y... Y si me quedo aquí, sé que no lo voy a conseguir.

—Tienes razón. Tienes toda la razón del mundo. Yo... Yo, en cambio, hice lo mejor que pude... Nada más. Lo siento si me equivoqué como...

—¡Espera! ¡Tranquilízate! ¡No sigas ni pongas palabras en mi boca que yo nunca dije! Es mejor así.

Hubo varios minutos en el que nadie dijo nada, el mate iba y venía de una mano a la otra. Las palabras estaban de más y el silencio empezaba a incomodar.

Era una despedida. Era el adiós íntimo con mi padre y estaba siendo tan inesperado como sutil. Una vez más el tiempo pareció detenerse.

Después, *¿cuándo lo volvería a ver?*, —me pregunté internamente.

*Una vez en Montevideo, ¿qué sería de mi vida?*, —me seguí interrogando—. Y por si fuera poco, siendo invertido, marica, puto... ¡Mierda!, ¡cuántos insultos!



Me sentía entre la espada y la pared. La presión crecía en mi interior de forma constante. Fue tal la tensión que había perdido el apetito. Ya no comía nada.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Era un palo vestido, incluso mis hermanos me lo decían. Yo les decía que exageraban. Que estaba comiendo menos, pero que no había adelgazado como me decían. Es decir, preferí mentirme que aceptar la verdad. Hoy, viéndolo en retrospectiva, creo que no estaba apto psicológicamente para irme de la casa de papá.

✓

A la noche, cuando me acosté, aún perduraba el placer que me había proporcionado Marck. Aún sentía su verga presionada dentro de mis muslos con esos pelos que me rozaban la piel.

Contrario a lo creído, me dormí enseguida y no recuerdo haber soñado nada. Y amanecí sequito, con energías renovadas y una sonrisa tan radiante que parecía falsa.

✓

**Una vez había escuchado a alguien decir que cuando una persona se va de viaje solamente debe llevarse lo necesario e imprescindible.**

Bueno, ¿qué es necesario? Y ¿qué es imprescindible? He de decir que para mí todo lo que tenía era necesario e imprescindible.

O sea, llevé todo y lo que no quiso entrar en la maleta, lo metí a presión, literalmente. Ese fue un error por no haber tenido experiencias de viajes anteriores.

✓

En medio de un mar de nervios y ansias que me carcomían, llegué a Montevideo un sábado de tarde. El frío, sí, el frío de febrero me sorprendió.

Primera sorpresa: en febrero hacía frío en Montevideo mientras que en Salto no bajábamos de los treinta y cinco grados Celsius.

Y eso que es un país pequeño a nivel territorial: solo tiene ciento setenta y seis mil doscientos quince kilómetros cuadrados. Empero, se dan estos contrastes.

Allá me estaba esperando Manuel, un ex-compañero del instituto y, en realidad, mi único amigo de la vida que, al verme, no dudó en abrazarme.

A mí me agarró por sorpresa su actitud. No me esperaba un recibimiento así ni, mucho menos, que el abrazo fuese tan efusivo.

Hacía más de tres meses que no nos veíamos y me confundió su muestra de cariño. Manuel, para ese momento, ni se imaginaba que yo era gay.

Él, como buen amigo que era, me acompañó a mi nuevo domicilio capitalino, o sea, al apartamento que le alquilaban sus padres.

Su familia siempre ha sido de pasta y pensando solo en el niño le alquilaron una vivienda de un dormitorio en la avenida 18 de Julio y calle Constituyente, en pleno centro, carísimo.

Por zona y *confort* no me podía quejar para nada, ya que más de uno hubiese hecho lo que sea para vivir donde yo pasé a alojarme completamente gratis.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Sin embargo, las interminables siete horas del viaje sin aire acondicionado y con el ruido fastidioso del motor, enseguida se manifestaron.

Yo no había probado bocado a bordo de esa máquina asquerosa que nos transportaba como si nos hiciese un favor: estaba realmente agotado y yo quería dormir.

✓

De repente, Manuel, en un momento que pasó casi inadvertido, hizo el comentario, como si no fuese de mayor importancia, de que nos acostaríamos juntos.

Yo le dije que sí, claro que sí, aunque él nunca pensó que yo hablaba en serio. Y él no sabía que me gustaba más que nadie en el mundo.

Una vez que llegamos al apartamento, me di el baño que tanto necesitaba y deseaba, y traté de relajarme. El agua me volvió a dar energías.

Si bien el baño me reanimó, de un instante para el otro todo el cansancio acumulado se manifestó agudamente y yo sentí la necesidad de echarme en una cama.

Tenía hambre, era sábado de noche y estaba por primera vez en mi vida en la capital del país. Estábamos solos, sin que nadie nos controlara ni nos regañara.

Sin embargo, yo solo estaba pensando en dormir. Nada más que en dormir. No lo podía creer. ¡Mierda, pero qué injusta que era la vida!

Manuel también se bañó y pasó frente a mí envuelto en una toalla. Él era guapo, alguien bello y no habría nadie que lo discutiese ni que lo dudase.

Era castaño claro, pelo corto, grandes ojos azules con unas pestañas que parecían no tener fin, cuerpo atlético, alto y una sonrisa agraciada.

Era, sin duda, el hombre perfecto. ¡Dios, nunca lo había visto de esa forma!, y, lo que cuento ahora, en realidad, queda corto para describirlo.

Manuel Di Donatto Ferraro sí era buenmozo. Y sí, me gustaba, me encantaba. Hubiese dado lo que sea por saber lo que verdaderamente deseaba.

De igual forma no quería estropear la amistad con un polvo, por lo que traté de verlo con dos grandes pechos y con el pelo largo. Gran solución. Asunto zanjado, creía. Yo me había vestido ligero de ropa, como que enseguida me iría a dormir. Me había puesto *short*, camiseta mangas cortas y quedé descalzo.

En cambio, cuando Manuel volvió se había convertido en un *sex symbol* mientras yo, en ese instante, lo que menos hice fue verlo como alguien femenino.

¡Estaba más macho que nunca, realmente seductor! Además, aún había cosas que no le había revelado y quería desahogarme cuanto antes.

—¿Vamos a comer afuera y después vemos cómo pinta la noche?, —dijo.

—De verdad, estoy muy, pero muy cansado. Anoche no dormí casi y el viaje me dejó deshecho. Y también tengo que escribirle a papá.

—No puedes inaugurar un nuevo inicio de esta manera. Ya habrá tiempo para dormir.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—¿Y si nos quedamos aquí, bebemos algo y vamos a dormir? Por favor... De verdad te lo digo, estoy muy cansado.

Bajé la vista y se sentó a mi lado, mientras me tocaba una pierna como si fuese sin querer. Traté de ignorar ese gesto aunque la sangre me comenzó a arder.

—¿Qué quieres beber?

—Emmm... Vodka, ¿tienes?

Asintió y fue a servir dos vasos de vodka con hielo y me alcanzó uno.

—¿Tienes algún refresco o algo para rebajarlo?

—Voy a mirar.

Regresó con una botella de Urreta<sup>5</sup>, puso en mi vaso, luego en el suyo y se volvió a sentar a mi lado.

—Veré si hay algo para picar, —dijo de repente.

A los pocos minutos emergió con tartas dulces y saladas, y galletitas y las puso sobre la mesita de centro. Tras ver la comida me lancé sobre ella sin disimular.

Tenía hambre y para bajar, estábamos usando vodka con Urreta. Sé que toda la situación era una gran locura y eso enseguida se hizo notar.

—Tengo que hablar contigo, —dije de pronto.

El silencio se hizo urgente, tanto que pareció aturdidor. Fue como el segundo previo de empezar a hablar frente al gran público.

---

<sup>5</sup> Fanta limón.

Manuel me miró y yo seguí con la vista puesta en la comida. Me daba miedo decir cosas que luego, quizás, me fuese a arrepentir.

—¿Qué pasa?, —preguntó.

—Quiero contarte algo... Eres mi amigo y tienes derecho a saberlo.

—¿Qué pasa?, —volvió a preguntar.

—Quiero... Quiero que sepas que... Que... Que a mí no me gustan las mujeres...

Otra vez la afonía invadió el salón. Durante varios minutos nadie se atrevió a decir nada, solo escuchábamos nuestras respiraciones.

Y nos dedicamos a acabarnos el vodka. Cuando Manuel vio que los vasos estaban vacíos, los volvió a llenar. Yo pensaba que las cosas estaban saliendo bien.

—También hay pizzas que mamá me envió, —rompió el silencio.

—No. Gracias. Así está bien. Sí, así está bien.

Me costaba hablar. Me sentía artificial con lo que estaba diciendo. Cuando habíamos bebido la mitad de nuestros vasos, dijo.

—¿Cómo que a ti no te gustan las mujeres, Martín? No, no... Creo que no te estoy entendiendo.

—No... La verdad es que no... Las quiero como amigas, como compañeras pero... pero no. No, nada más que eso y...

—Y, ¿qué te gusta?

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Cuando preguntó sentí toda su energía en mí. Volví a beber un largo trago de mi vodka y respiré hondo. Me costaba hablar.

—Me gustan los hombres, —dije con miedo.

Él también sorbió del suyo.

—A mí también, —susurró.

Cuando lo dijo, no caí de inmediato en el significado objetivo de sus palabras. El impacto fue tan grande que me produjo que quedé bloqueado.

Lo miré, sin dar crédito de lo que acababa de oír. Que él, Manuel Di Donatto Ferraro me estuviese confesando eso era más surrealista que el mundo de Dalí.

Sí que estaba siendo superado por el entorno y no sabía defenderme. No sabía cómo, pero en ese momento el vodka pasaba por mi laringe como si fuese agua.

Y los primeros síntomas de la borrachera ya eran manifiestos, pero eso era lo que menos me preocupaba. Nada de eso podría ser real.

—Creo, —dije—, que es mejor que ahora solo bebamos Urreta porque si no, mañana la cabeza se nos va a partir.

—No importa. No, la verdad es que no importa y... Y necesitaba contárselo a alguien. Y no sé... Había algo en ti que me decía que podría confiar.

No me imaginé que tú podrías ser también... Pero había algo que me daba confianza como para que... si te lo contaba, me entenderías.

Me buscó la vista.

—Cuando vi la posibilidad de que podría ayudarte me dije: es mi oportunidad. A alguien se lo tengo que contar porque así no puedo seguir.

Estoy cansado de... De todo. Sí, la verdad es que estoy cansado de... No sé... De la gente... La verdad es que no tengo vida propia y ya no aguanto más.

Estoy cansado de papá, de mamá, de mi hermano, de los que dicen que son mis amigos y... ellos, en realidad, no conocen ni la sombra de lo que soy.

Todos creen conocerme y por eso es que tengo que ser quien no soy y... Y la verdad es que me está superando este entorno.

Tengo tantas... ¡pero tengo tantas cosas por saber! ¡Tengo tantas preguntas sin respuestas! Mi vida es una paradigma de preguntas y... Perdona.

Hubo un momento de silencio en el que vi sus ojos brillantes, las lágrimas lo estaban amenazando y yo estaba paralizado.

—No sé qué hacer. No... Estoy superado y ahora... Ahora con el casamiento de mi hermano todo el mundo me miraba como diciendo: ¿y para cuándo la novia?

No sé qué hacer, Martín. La verdad es que no sé qué hacer. Siento que yo no pertenezco a este mundo y aunque soy joven todavía...

Me siento viejo. Me siento cansado. Sé que no es normal sentirme así, pero no puedo hacer nada y... Y ya no puedo más, Martín.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Yo lo escuchaba en silencio. No me atrevía a decirle nada. Es más, no sabía qué decirle. Nunca pensé que me fuese a decir todas esas cosas.

Tantas veces lo había imaginado conmigo, desnudo, su cuerpo junto al mío y ahora lo tenía ahí, íntegramente para mí y haciéndome semejantes confesiones.

No sabía si era por el efecto del alcohol o qué, sin embargo, me puse de pie y me saqué la camiseta. Él solo se limitó a mirarme.

Me volví a sentar en el sofá. Ahora solo vestía el *short* bastante ajustado. Manuel volvió a llenar los vasos con vodka y Urreta y los dejó sobre la mesita de centro.

—¿Por qué te sacaste la ropa?

Lo miré y levanté y bajé los hombros.

—Creo que tenía calor, —murmuré.

Manuel bebió un trago de su copa.

—Cuando supe que iba a vivir contigo me sentí feliz, muy feliz, —musitó de pronto.

Volví a beber vodka. No daba crédito de lo que seguía oyendo.

—¿Eres virgen?

Cada vez estaba más fuera de mí. No sabía si era por efecto del alcohol o por todo lo que me estaba enterando, hasta el cansancio se estaba yendo.

—No.

Me miró boquiabierto, sin poder creer en lo que le estaba contando.

—No, —volví a decir.

—Yo pensé que tú nunca...

—Sí, antes... De hecho, antes de venir aquí.

—¿Y?

Salí de mí cuando sentí que su mano empezaba a recorrer mi pierna y se dirigió a la bragueta. Mi *amigo* no tardó en reaccionar y, a los pocos segundos, me reventaba la polla en los calzoncillos.

Primero no hice nada. Le dejé a Manuel que empezara. Él siguió recorriendo mi cuerpo con sus manos hasta que me puse de pie y lo incité para que hiciese lo mismo.

Cuando los dos estuvimos parados, busqué sus labios y de inmediato los encontré, con ese sabor a alcohol que me fascinó y me excitó más todavía.

✓

No tardamos en conocer nuestros cuerpos desnudos y sedientos en aquella cama que se me hizo como el auténtico paraíso.

Manuel tenía un cuerpo mejor de lo que hubiese imaginado: era mayormente fibra, los músculos se le marcaban y los vellos le daban un aire sensual.

Nos besamos por cada rincón, fuimos al paraíso varias veces y así se detuvieron las horas, manejamos el tiempo y conocimos el vértigo de lo desconocido.

Manuel me penetró y luego pidió que le penetrase. De inmediato accedí y me estrené penetrando a un hombre. ¡Valió la pena! Una vez más, valió la pena.

✓

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Si tuviese que decir cuándo fue mi primera vez, tengo que decir que fue con Manuel, no con el militar. Con Marck fue incompleto.

Él me dio todo el placer del mundo a su manera, aunque no me permitió que yo le follase. Además, el lugar no era el mejor.

En cambio, con Manuel fue completo, ideal, en una cama, donde nadie nos molestó, ni lo haría. ¡Con solo recordar ese día me vuelvo a excitar!



Desperté a las once y media de la mañana e, ironías del destino, no me dolía la cabeza a pesar de la gran ingesta de alcohol de la noche anterior.

Nunca había sentido tantas cosas buenas en tan poco tiempo. Me sentía pleno, tan feliz que no daba crédito de lo que me estaba pasando.

Manuel dormía sobre mi pecho, con su respiración agradable y silenciosa mientras yo solo me limité a contemplarlo. ¡Me encantaba!

Fue tan bonito aquel momento que no quería que terminase nunca. Si hubiese que elegir un instante para morir, ese sería el indicado.

No sé por qué, pero puse mi mano sobre el pecho de Manuel y comencé a acariciarle los vellos. Eso me excitó y mi polla de nuevo reaccionó.

Justo cuando empecé a masturbarme, él despertó y no me dejó reaccionar ni hacer nada. Por un minuto quedé totalmente fuera de juego.

Se la puso en la boca y me hizo ir de nuevo al cielo. Yo pensé que no llegaría nunca más a ese lugar, pero ahí estuve también esa mañana de domingo.

Supo detenerse a tiempo y me dediqué a llevarlo a ese lugar que juntos conocimos hacía pocas horas. Fue así que recorrí, otra vez, los sobrados centímetros del mástil que la naturaleza le regaló.

Cuando me la volvió a poner, tomé conciencia, creo, de lo que había entrado en mi ser. No me dolió la noche anterior ni en ese primer día que despertamos juntos.

✓

Esa mañana, cuando nos levantamos, yo tenía un hambre colosal y, antes de bañarnos, comí media pizza y Manuel un trozo de tarta.

Luego me invitó a darme un baño. Nos metimos a la bañera y ninguno de los dos podíamos ocultar la emoción ni la alegría que sentíamos.

Nos bañamos y estuvimos en el agua como una hora. Nadie dijo nada, no fue necesario decir palabra. Era todo tan maravilloso que la mirada de cada uno lo decía todo.

**Si existe la felicidad ese fue el momento más feliz de mi vida**, al menos, hasta entonces. Era un niño recién; a pesar de todo, era inocente.

✓

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Tenía el mundo por conocer, por explorar. Recién tenía dieciocho años cumplidos y Manuel acababa de cumplir los diecinueve.

Cada uno usó una estrategia con tal de eludir el servicio militar obligatorio. Él se había atrasado un año en el instituto para ganar tiempo.

Cuando su padre consiguió el certificado que yo había obtenido con un polvo, respiró sosegadamente por estar eximido de eso y fue el año en el que nos conocimos.

✓

**Todo en la vida tiene una razón de ser y Manuel fue una de las mejores personas que he conocido en la vida, por no decir la mejor.**

✓

Era la primera vez que estaba en Montevideo y solo había recorrido de la terminal de autobuses a la vivienda de Manuel. Es decir, no conocía nada.

A la tarde, Manuel tuvo la genial idea de ir a dar una vuelta y así arrancamos, como viejos amigos, y fuimos caminando por la avenida 18 de Julio hacia el lado de la plaza Independencia.

El clima era distinto a como era en Salto. Eran como las seis de la tarde y estaba fresquito. En Salto, a esa hora, te estabas cocinando.

Manuel fue contándome las cosas más importantes que iba viendo aunque yo ni bolas le daba. Me sentía tan

feliz y pleno que ni me percataba de la gran cantidad de hombres guapos que se nos cruzaban.

Yo estaba en una burbuja y eso era más que evidente. De repente, él dejó de hablar y me empezó a mirar más detenidamente.

—¿Qué piensas, Martín?

Lo miré y levanté los hombros sin decir nada.

—¿No me vas a responder?

—No sé qué decirte...

—¿Por qué?

—Me gusta Montevideo.

—¿De verdad?

—Sí. Y la verdad es que nunca me puse a pensar cómo sería esta ciudad y... no sé. Todo es más grande. ¡Tantos edificios, tanta gente, tantos autobuses...! No sé.

La verdad es que, como que da miedo después de haber vivido en Parada Viña y... Aún no asumo que estoy aquí y... Estoy un poco fuera de lugar... Es... distinto.

Llegamos a la plaza Independencia, nos sentamos en el banco que está frente a la avenida 18 de Julio y miramos el gran tránsito de vehículos que había.

De repente, hubo un pensamiento que me dejó dislocado y traté de alejarlo de mi mente lo más rápido que pude, pero el cabrón no se quería ir.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

De todas maneras, tenía que mantener mi mente fría para conseguir mi objetivo. No me podía enamorar. Y ese punto no era negociable.

Tenía que conseguir varias cosas aún y no podía dejarme deslumbrar por ningún hombre, ni siquiera por Manuel. ¡Oh!, estaba en un aprieto.

—Estoy bien, —musité, mientras no me apartaba la mirada.

—Me gustaría que conocieras esto, —dijo.

Enamorarse no es mejor ni peor, solo es diferente; te *sientes* distinto y ves cada cosa desde otra perspectiva, con más optimismo tal vez.

Existe alguien por el que harías cosas que no pensaste hacer ni por ti mismo, nada más. ¿Nada más? Bueno... Estaba entre la espada y la pared.

Ni yo sabía lo que me estaba pasando, de lo que me estaba sucediendo y la encrucijada era retadora. No obstante, recién empezaba mi camino.

—¿Me estás escuchando, Martín?

Lo miré lo más rápido que pude aunque era evidente que mi mente estaba en otra parte.

—Sí, perdona, ¿qué decías?

—¿Qué te pasa, Martín? Hace rato que te hablo y ni bolas me das.

Miré hacia abajo y medité sobre lo que me acababa de decir porque, básicamente, era verdad y no quería empezar mal con él.



La gente camina mucho, mucha gente caminando en direcciones opuestas y todo el mundo va como huyendo de algo, siempre con prisas y mirando sin ver nada ni a nadie, —era una de las cosas que le contaba a papá en la primera carta que le escribí.

Así es todo el mundo, —seguía—, cada uno anda en sus cosas como si fuesen sonámbulos que están programados por una fuerza superior.

Sorprendentemente para mí su respuesta llegó enseguida. Es que mi viejo ha sido siempre, al igual que yo, alguien especial, impredecible en gran medida.

Me alegro de que te guste eso, Martín. Al fin y al cabo es lo que querías, ¿no? En cuanto a tus

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

objetivos sé mejor que nadie que los vas a lograr. De eso no me cabe la menor duda.

Siempre has sido muy constante y tenaz con tus cosas y, aunque te salgan obstáculos, sé que los vas a superar de la mejor manera posible.

Aquí las cosas bien, como siempre. Tu hermano mayor está bien. Escribió y dice que vendrá para fin de año a pasar las fiestas.

El resto de la gente y de las cosas marchan como siempre; la ciudad, el pueblo, mis cosas, bueno, ya sabes, ¿no? Supongo que ahora tienes menos tiempo y más cosas para contar...

✓

Inesperadamente para mí, luego de leer esa carta, me sentí tan sensible y algunas lágrimas no tardaron en aparecer.

Algo no estaba bien y yo no sabía qué hacer. ¿Qué iría a pasar de ahora en adelante? No obstante, el destino me tenía preparado varias sorpresas aún.

✓

Empecé la facultad y ese sí fue un cambio grande para mí. Al principio, en la escuela número dieciséis de mi pueblo, todos nos conocíamos.

Odiaba que eso ocurriese y deseaba lo contrario: ser anónimo, uno más en el montón donde nadie me diferencie ni me reconozca entre tanta gente.

Cuando empecé la UTU, en un par de meses, a pesar de que eran nueve grupos de primero, nos acabábamos conociendo también y eso tampoco me gustaba.

Y algo parecido me pasó en el IPOLI, con la diferencia de que ahí todo el mundo era muy pijo, nenes de mamá, o sea, niños ricos.

Sin embargo, ahí yo opté por diferenciarme por la gran dedicación a estudiar. Y ahora todo volvía a empezar y a ese mundo no le veía pie ni cabeza por ningún lado.

Había gente de todo el país, de todas las edades, para todos los gustos: era muy heterogéneo y caótico todo en el conjunto.

Esperaba otra cosa, no eso. Que tuviese compañeros, en algunas asignaturas, que tenían la edad de papá no me lo hubiese imaginado bajo ninguna circunstancia.

De todas formas eso era tan, pero tan común que... ¡Mierda! ¡La gente fumaba, comía y bebía mate dentro del aula como si estuviesen en el patio de su casa!

Eso sí que no lo podía creer, ni entender, sin embargo, era prácticamente la regla. En algunas clases observaba y me preguntaba cosas íntimas de cada uno.

Me daban morbo las situaciones y realidades que creaba mi imaginación. Todo me intrigaba y me dislocaba lo ignorante que era frente a tantas personas.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Me preguntaba de qué departamento eran, por qué estudiaban siendo tan mayores, para qué estudiaban, por qué no lo habían hecho cuando tenían mi edad...

¡Uf!, eran tantas cosas que quería saber, que necesitaba conocer. Me preguntaba continuamente si alguna vez se habían acostado con alguien de su mismo sexo...

Pensé que en la universidad las cosas serían distintas y resultó que los grupos ya estaban formados, con reglas preestablecidas, por lo que hacer amigos resultó difícil.

Ante mi frustración y desencanto de la facultad de Montevideo, me dediqué a hacer a lo que realmente había ido: estudiar, estudiar y nada más que estudiar.

Fue así que llegaba media hora antes para encontrar asiento y me ponía adelante, ignorando todo el circo que había a mi alrededor.

En caso de que llegara sobre la hora era seguro que no conseguiría asiento, por lo que debía quedarme de pie o sentarme en el suelo, literalmente.

En el aula sacaba la mayor cantidad de apuntes que podía y, dependiendo de la hora de cada clase, iba directo a la biblioteca a completar los conocimientos.

Los pocos estudiantes que íbamos con esa intención a la universidad hacíamos lo mismo y nadie nos decía nada, ni formamos un subgrupo entre nosotros.

No comíamos ni bebíamos en clase, no fumábamos, llegábamos antes, nos sentábamos adelante y nunca participábamos en nada.

Cuando le agarré el ritmo a la facultad, tuve otra perspectiva de la realidad y me dije que, si seguía así, el título sería mío antes de lo previsto.



Una vez al mes recibía carta de papá y enseguida le respondía. Manuel, en cambio, recibía cartas de su familia dos veces por semana.

Parecía una locura pero ahora que estábamos a más de quinientos kilómetros, teníamos más comunicación que cuando vivíamos en la misma casa.

Lo más sorprendente para mí fue que pasé, de un día para el otro, exactamente, sin planificarlo ni buscarlo, a vivir en pareja.

La verdad es que no debo quejarme de la relación que tenía con Manuel. Todo se dio espontáneamente y no descuidamos nuestras carreras.

A los dos nos gustaba el orden y la limpieza del apartamento, por lo que, el que primero se desocupaba, se encargaba de limpiar.

Con mi ropa era obsesivo, más que ahora incluso y me la lavaba yo mismo a mano. Y muchísimas veces, casi siempre en realidad, también a él. No me quejaba.

La madre de Manuel le enviaba dos puntuales e infaltables cajas por semana con comida y esa era mi salvación ya que odio cocinar.

Manu cocinaba bien, rápido y rico. El inconveniente fue que, como no teníamos los mismos horarios, eran pocas las veces que podíamos comer juntos.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

✓

A mí me gustaba Manu, de hecho, siempre me gustó, pero de ahí a tenerlo como pareja no estaba entre mis planes precisamente.

Estudiábamos todo el día y a la noche nos estudiábamos a nosotros. Resultó que cada vez me gustaba más e inconscientemente me estaba enamorando.

✓

Lo observaba durmiendo entre mis brazos, en la bañera dormitando, preparando el café en el mes de noviembre vistiendo solamente calzoncillos...

Lo observaba en todas partes y me gustaba mirarlo, me encantaba espiarlo más allá del morbo sexual que me producía.

La verdad fue que, cada vez que lo veía, no podía creer que él se hubiese convertido en mi pareja de un instante para el otro.

✓

Había llegado el año 1960 y había que cuidar las apariencias. En este mundo, para no ser marginado, hay que aparentar ser lo que la sociedad quiere de cada uno. Creo que no hubo nadie que descubrió, al menos nada nos hizo notar lo ni nos dimos cuenta, que nosotros éramos más que buenos e íntimos amigos.

De vez en cuando salíamos a alguna discoteca y fingíamos mirar a alguna chica cuando, en realidad, nos hacíamos un gran juego de seducción.

Nos calentábamos de una manera en público que, más de una vez, tuvimos que ir a descargar al baño. Y eran momentos tan intensos que los conservo como tesoros.

✓

Yo recién había cumplido los diecinueve años y a la vida en Montevideo me había adaptado bastante bien, lo que me tranquilizó un poco.

Cada vez tenía la barba más gruesa, el cuerpo más definido y las insinuaciones de mi padre acerca de si tenía novia se hicieron frecuentes.

✓

La primera vez que volví a Salto el tema salió o lo sacó de forma sutil, no lo recuerdo bien, pero el tema salió y hubo que enfrentarlo.

—No me voy a casar, —dije—. Ni quiero hijos.

Él me miró analizando mi rostro y bajó la mirada.

—¿No?, —preguntó tras varios segundos.

—No.

—¿Por qué?

—Si te digo la verdad te va a doler.

Él sonrió porque pensó que estaba bromeando.

—Después de todos los golpes que he tenido en mi vida, no creo que algo más me pueda herir.

Respiré hondo, acabé el mate y se lo entregué.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—Porque me trancaría todo lo que tengo pensado... Porque los hijos no hacen más que comerte todo lo que tienes y después se borran de tu lado.

Y sin ir más lejos, mira lo que le pasó a la abuela. De ejemplos estamos rodeados y no quiero desilusionarme por ese lado también.

Papá bajó la vista.

—Ella, que siempre fue una mujer luchadora por su familia, al final, acabó sola, sin nadie más que ella misma. Es vergonzoso, pero es así.

Por si fuese poco, los hijos peleándose por una herencia de mierda. Y según lo que la pude conocer, era buena madre, buena gente y... sin embargo...

Papá me entregó otro mate y me evitó la mirada. Había sido muy duro con él. ¡Me dejé llevar por las emociones, por un impulso y ya no podía volver atrás!

Una palabra dicha es como un puñal o un ramo de flores que se le da a alguien, una vez que se las dicen, no se puede volver, como si se hubiese mostrado el puñal o las flores a esa persona.

Debí recordar las palabras de Maquiavelo: no dejarme llevar por las emociones bajo ninguna excepción y mantener la actitud neutra siempre.

✓

Cuando llegué a Salto la primera vez la relación con mis hermanos fue tan surrealista e inesperada por mí que, a pesar de todo, me dejó bloqueado.

Cuando los vi me trataron como si hubiese ido a comprar el pan y tardara más de lo previsto, nada más.

O sea, la relación continuó siendo fría y distante.

No los culpo, la verdad es que no los culpo porque tampoco hice algo para remediar esa situación. Tampoco me arrepiento. La vida es así.

Me criaron así, al igual que a mis hermanos, y pasarían años todavía para aprender a ser alguien más demostrativo en cuanto a sentimientos y emociones.

Además, a pesar de que no tenía ni medio peso<sup>6</sup> en los bolsillos, ya no pertenecía a esa clase social que me había dado la cuna.

En parte me dolía ese panorama, pero así era la cruel realidad. De momento no podía hacer nada más que esperar a que pasase el tiempo.



Una noche, en la casa de papá, estaba fascinado mirando el cielo estrellado. Siempre me ha gustado observar el cielo nocturno.

Me producía, y me produce, una paz y sosiego tan grande que no podía evitar seguir mirando arriba, como si estuviese hipnotizado.

---

<sup>6</sup> Moneda nacional uruguaya.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

La oscuridad que hay en el campo favorece para tener una visión más nítida del firmamento, lo que no tenía en Montevideo.

De repente, escuché pasos y miré hacia un lado. Venía Mariano, el vecino que había visto desnudo cuando tenía trece añitos.

En ese momento, él estaba pisando los treinta y se había puesto más guapo que antes. Sus facciones mejoraron con el paso del tiempo.

Era como si ahora la obra de arte se hubiese terminado de esculpir y mil cosas y más pasaron por mi interior en pocos segundos.

A pesar de que estábamos en la oscuridad, pude ver su expresión que se mezclaba entre la sorpresa y el miedo. No podía ni quería entender nada.

Me dio la mano y la detuvo aferrada a la suya más tiempo del previsto o, al menos, eso me pareció a mí. Fue como una corriente eléctrica que me tocara.

Volví a recordar cuando lo vi aquella vez desnudo y la verga no tardó ni diez segundos en reaccionar. ¡Mierda, ¿qué me estaba pasando?!

No podía cometer una locura, aunque ganas no me faltasen. Estaba en la casa de papá y no quería faltar el respeto bajo ningún concepto en su hogar.

—Pensé que ya no te vería nunca más, —fue su forma de saludarme.

Sonreí y miré alrededor.

—A veces es necesario ver a la familia...

—De todas maneras, me sorprende que te vea por aquí.

Lo miré incrédulo.

—¿Tan desapegado a mis orígenes me ves?

Hizo como que no me escuchaba y con disimulo me dio un buen repaso de pies a cabeza.

—Imagino que en la capital no te faltará nada...

Hizo una pausa y agregó en un murmullo.

—Sobre todo no te han de faltar... mujeres.

Sonreí y volví a mirar el cielo.

—Siempre has sido reservado con tu vida privada.

Veo que, al menos, por ese lado no has cambiado...

Volví a mirarlo.

—La vida es diferente allá. Sí, diferente y... bueno...

—Yo sigo buscando mi media naranja. Bien podrías presentarme alguna amiguita o... bueno, tú me entiendes, ¿no?

No. No lo entendía ni lo quería entender. Eso sí que no lo tenía previsto y estaba siendo superado por el entorno, una vez más.

Sin embargo, solamente era el inicio. ¿Qué debía de hacer luego de esas palabras? Mi mente, mi corazón, mis deseos empezaron a viajar a la velocidad de la luz.

Tenía miedo de dar un paso en falso y estropearlo todo. Aunque, si algo salía mal, no debía preocuparme, ya vivía en Montevideo y estaba despersonificado de Salto.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

De repente, me sentí entre la espada y la pared. ¡Mierda, algo rápido tenía que hacer, pero ¿qué?! ¿Se me estaba declarando o era lo que yo estaba deseando? ¿Qué estaba pasando objetivamente? ¿Quería echar un polvo? ¿Él? ¿Conmigo? No podía ser verdad. No, no... No podía ser esa la dulce verdad, ¿o sí?

Siempre tan machito, tan masculino, tan reservado y el hijo de puta ahora estaba más guapo que antes. Ya hacía cuatro años que no lo veía.

Cuando vivía con papá y Mariano iba a casa, yo siempre estaba estudiando. Y antes de irme, no lo había visto. Sin embargo, ahora aparecía diciéndome esas cosas.

No podía creerlo. A través de la oscuridad podía ver su sonrisa encantadora, como siempre, y eso no hacía más que calentarme. ¡Cada vez me sentía más perdido!

—Dicen que las montevideanas son más rápidas que las de aquí.

—No te creas, las apariencias engañan. Y a veces más de la cuenta...

—¿Estás seguro?

Le eché un vistazo y seguí mirando el cielo. En silencio permanecimos varios minutos, solamente con los típicos sonidos de la noche. No sabía qué hacer ni qué decir.

—¿Es verdad lo que dice la gente?

Medité sus palabras hasta que lo volví a mirar como si fuese a cámara lenta. Él me correspondió la vista manteniendo el contacto visual.

—¿Qué?

—Que ahora que estás estudiando eso y vas a ser embajador, eres un buen partido...

Carraspeó y sonrió.

—Privilegiada la mujer que conquistaste tu corazón, ¿no? O...

Bueno, bueno. Al principio pensé que me pareció que algo extraño estaba sucediendo, pero ahora, oyendo eso, ¿cómo lo debía interpretar?

No sabía qué hacer, aunque tenía que actuar rápido. Se me estaba poniendo en bandeja y no podía perder esa oportunidad.

Sonreí despreocupado y miré a mí alrededor. No había nadie más que él y yo, y esa noche calurosa y clara que nos observaba fascinada.

—Vamos a dar una vuelta, —dije.

No esperé su reacción y emprendí la marcha. Él hizo lo mismo y se puso a caminar junto a mí. Yo trataba de mirar al frente y no hacia su lado.

Caminamos y enfilamos por el camino vecinal hasta que, llegamos al límite del terreno de mi viejo, lo pasé y fuimos unos cuantos metros más adelante.

La noche era despejada y no había nadie por la zona. A esa hora todo el mundo estaba durmiendo y eso me favorecía en todo sentido.

Llegamos hasta un árbol grande, mi árbol, uno en el que de pequeño siempre jugaba. Le tenía mucho cariño a ese lugar y a mí árbol.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Quedamos allí, uno al lado del otro. Los minutos fueron pasando y nadie hacía ni decía nada. Nada había sido planeado y me estaba orinando.

No sé si a todos los hombres les pasa lo mismo, pero cuando aguanto mucho tiempo las ganas de hacer pis, se me pone tan dura como una barra de hierro.

—Perdona, pero me estoy meando, —dije.

Me hice a un lado, me la saqué y comencé a regar el pasto. Él se quedó detrás de mí. De repente, escuché, cuando estaba acabando el chorro.

—¿Y cómo haces para guardar tanto líquido ahí?

Al oírlo quedé petrificado, no sabía qué hacer.

—Supongo que como todo el mundo...

Me puse frente a él, sin guardarla y empecé a mirarlo de forma descarada. Mi vista recorría sus ojos, la boca, el cuerpo, el paquete, una y otra vez.

Para ese momento tenía la polla blanda, no sabía por qué, pero estaba blanda aunque mi grado de excitación era enorme y mi cerebro aun trabajaba con coherencia.

De pronto, se agachó ante mí y me la comenzó a chupar. ¡¡¡¿¿Quéééééé??!!! ¡Dios, si era un sueño no quería despertar por nada del mundo!

Eso sí que estaba superando mis fantasías, habidas y por haber. No lo podía creer. A los pocos segundos tenía la polla tan dura como el mismísimo diamante.

¡Mariano, el vecino que siempre me había gustado, me la estaba succionando como nunca pensé que ocurriría! Sí que me estaba sorprendiendo la vida.

No era experto y me lamió con delicadeza los vellos púbicos y eso me dejó más caliente aún. Me sentí tan excedido que no podía dejarme llevar por el momento.

Después recorrió mis huevos, volvió a lamerme el vello púbico y la guardó entera en la boca como si estuviese acostumbrado a hacerlo.

¡Dios, cómo me estaba haciendo gozar el hijo de puta! No pasaron muchos minutos y sentí que iba a acabar. Y no quería que todo terminase.

O sea, se la saqué violentamente de la boca, respiré hondo varias veces, mientras le apreté tanto la cabeza que me dolió. Disminuyeron las ganas de eyacular.

Le busqué la mirada. No aguanté más y me dirigí a su boca, la cual devoré como si fuese fruta fresca. ¡Cómo besaba mi vecinito! ¡Sí que era un experto!

Nada había previsto, sin embargo, era mejor que en mis fantasías. De todas formas, a pesar del lugar, yo quería que fuese lo más completo posible.

No sabía si volvería a tener una oportunidad así. Recuerdo que era el mes de diciembre y el calor era intenso, demasiado agudo incluso de madrugada.

No había nadie alrededor y las probabilidades de que alguien apareciese en medio de la noche eran de una en un trillón. O sea, debía calmarme.

Nos desnudamos y la ropa la tendimos sobre el pasto. Primero se acostó él y yo examiné su cuerpo escultural sin dar crédito de lo que estaba viviendo efectivamente.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Mariano era castaño, velludo y el contraste de los vellos oscuros con la piel clara me excitaba. Y entre las piernas tenía ese instrumento con el que tanto me deleitaba.

Era el mismo aparato que había visto flácido, hacía tantos años. Más pasaba el tiempo y menos podía creer que estuviese disfrutando de ello.

Recordé ese día, aquella vez que lo había visto desnudo. Tenía trece años y él la tenía muerta. Yo siempre lo había visto inalcanzable.

Únicamente en mis sueños era mío. ¡Cuán equivocado estaba! ¡Cuántas vueltas da la vida y deja petrificado hasta aquel que cree estar blindado contra todo!

Me di cuenta de que yo no estaba blindado contra nada. Descubrí que la verdad, que la realidad, podría ser mejor que la fantasía. Y eso me superaba.

Y ahora lo tenía ahí, todo para mí. Me invitó para que me acostase. El contacto de su piel con la mía fue otra experiencia que marcó un antes y un después.

Primero besé sus labios y así fui recorriendo su cuerpo, poco a poco, disfrutando de cada milímetro. ¡Disfruté de todo ese David que la naturaleza le aportó!

Bajé por el cuello, las tetillas, el ombligo hasta que llegué al borde de los vellos púbicos. Los miré, los lamí, los acaricié y veía que su polla comenzaba a lubricar.

Me la puse en la boca y empecé a darle placer, una y otra vez. La tenía grande y aún tenía el frenillo, un claro indicio de que era virgen. No me importaba.

Yo seguía disfrutando y sé que él también lo estaba haciendo. De pronto, quedé debajo de él y me empezó a recorrer, de principio a fin, con su lengua.

¡Qué bien me hacía sentir! La luna nos observaba y eso me excitaba más. Cuando se sentó en mi verga mientras se la metía, sentí que iba a estallar de tanto placer.

Hacía rato que había dejado de pensar, por suerte. Nunca creí sinceramente que él fuese gay y, mucho menos, tener un encuentro así. Pero sí. Así era.

Estaba sucediendo y lo estaba follando. Ahí lo veía cabalgar sobre mí, con la polla dura apuntando hacia mí. Así estuvimos un rato. ¡Qué momento más placentero!

Luego, se puso a cuatro patas y se la volví a meter. Era un juego constante donde ambos disfrutábamos. Él gozaba, lo hacía yo, lo hacíamos los dos.

Nuestros gemidos se confundían unos con otros. Le dije que se acostase boca arriba. Así lo hizo. Él actuaba por inercia y ahora me doy cuenta que también lo hacía yo.

Era magnífica la figura que formaba en la penumbra esa arma tan dura y monumental que tenía. No podía terminar sin que me la metiese.

Me senté en su obelisco, yo ya estaba lubricado y empezó a moverse rítmicamente. Yo me sentía tan lleno, tan pleno y tan feliz que no cabía de tanto gozo.

Sentía que entraba y salía por mi agujero. El roce de sus vellos púbicos con mis caderas, que no eran pocos, me excitaba cada vez más.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Me di cuenta de que él se movía, cada vez, más rápido, por lo que supe que pronto acabaría. Lo dejé que hiciese lo que quisiese.

—No acabes, —musitó.

—¿Qué?

—Que no acabes.

—¡Ufff! Vale, —susurré.

Me costó contenerme, pero lo logré. El momento más duro de aguantar mi eyaculación fue cuando sentí que inundaba mis piernas con su leche caliente y abundante. Tan pronto acabó, quedó un instante en plena quietud, como reflexionando sobre lo que había pasado, aunque podía verlo risueño y eso me dejó tranquilo.

Yo seguía ensartado a él, sin saber qué hacer. A los pocos segundos se liberó de mí y me dijo que quedase de pie. Yo obedecía.

Volvió a agacharse y me la empezó a chupar. Al principio había quedado amorcillada aunque pronto re-estableció el ángulo de noventa grados.

Las cosas mejoraban y mi excitación parecía que quería matarme. ¡Oh, qué momento más urgente! Sentí que iba a acabar y yo no estaba seguro de querer hacerlo.

—Voy a acabar, —farfullé.

—Vale, vale.

Él me agarró de las caderas con fuerza y me empujó más hacia sí. A los pocos segundos le inundé la boca de tanto semen, ¡hasta a mí mismo me sorprendió!

Mariano seguía con mi polla dentro de la boca, aferrado a mis caderas con fuerza y yo estaba en el paraíso de nuevo. No lo podía creer.

Cuando se la sacó, estaba bastante baja mi polla y sonrió. Se había bebido todo mi semen. Lo miraba estupefacto, fascinado y agradecido.

Todos los sentimientos y emociones se mezclaron. Aunque los minutos que ya se habían transformado en horas hacía rato, yo no asimilaba la realidad.

Debo aclarar que si alguien me hubiese contado lo que yo disfruté con mi vecino de toda la vida, Mariano, me hubiese sido imposible creerle.

**Entonces me di cuenta de que la vida también suele recompensar a la gente. De una manera u otra yo empecé a sentir que estaba siendo recompensado.**

Pasados varios minutos nos acostamos sobre nuestras ropas, desnudos, uno al lado del otro y nos pusimos a mirar las estrellas.

¡Recuerdo ese día y me parece que recién lo he vivido! Si antes el firmamento me parecía fantástico, ahora el mismo no solo era perfecto, sino que potenciaba cada cosa que estaba sintiendo.

—Nunca pensé que tú..., —susurré.

Sonrió.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—Siempre que te veía sentía mil cosas y ahora, de repente...

Me miró y volvió a dirigir los ojos a las estrellas. En silencio seguimos hasta que sentí que sus dedos estaban acariciando mi verga.

—Ahora que vives en Montevideo, a ti se te hace más fácil, ¿no? Yo, en cambio, no tengo posibilidad de salir de aquí, de este agujero y...

No esperaba escuchar eso y tampoco sabía qué decirle. Estaba siendo superado por las circunstancias en todo sentido.

—Allá hay más gente. Y la gente dice que no se conocen entre ellos, ¿no? Eso te da más libertad. Sí. No es cómo aquí...

—Tú, si quieres, puedes irte...

—Noooooooooooo.

—¿Y qué? ¿Te piensas quedar en un lugar que no te hace ni pizca de gracia toda la vida? Mira que solo se vive una vez.

Que no sea que un día despiertes y te arrepientas por no haber vivido. De verdad, Mariano. Piensa un poco más en ti que en la gente, sobre todo en el qué dirán.

La vida es así. La vida es una sola. Si tú no vives tu vida, alguien se va a encargar de vivirla por ti y créeme, eso duele. Sí, eso duele muchísimo.

Y no me gustaría eso para tu vida. Tú ya eres grande, pintón y no creo que se te haga difícil empezar de nuevo en otro lugar. ¿Qué te parece?

El silencio llegó y una ligera brisa empezó a acariciarnos. Continuamos observando esa noche que guardo en mi ser con cariño y que pensé que nunca se materializaría.

—Esta noche nunca la voy a olvidar, Martín. De verdad te lo digo, pero... pero... no sé...

Hizo una pausa y resopló.

—La verdad es que estaba en dudas contigo. No pensé que tú fueras y... y ahora, cuando te vi, me dije: es ahora o nunca.

Prefiero, al menos, estar una vez contigo que me gustas y vivir luego con este recuerdo el resto de mi vida, a nunca haber hecho nada de nada por nadie.

Yo... yo, en realidad, nunca hice nada por alguien que efectivamente me gustase y... tú me gustas. De verdad te lo digo, Martín, tú me gustas mucho...

He tenido novias y... ya sabes cómo es la pureza en la mujer, ¿no? Yo les he dicho para ir un más pero.... También te digo que no he insistido demasiado con eso.

Quizás porque quería inconscientemente que mi primera vez fuese con alguien especial y, ¡quién más especial que tú para estrenarme sexualmente, ¿no?!

Y yo quería estar, por lo menos una vez en la vida, con alguien que ciertamente me gustase. Y nadie mejor para eso que tú, Martín.

—¡Mariano!, ¿por qué nunca me dijiste nada de esto? Ni siquiera me lo insinuaste. Oportunidades no te faltaron y ahora... y ahora, ¡¿qué hago?!

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Dime, ¿qué hago? Yo... ¡No me puedes decir esto ahora que...! No... no seas malo. Ponte en mi lugar. Toda la vida tuviste para decírmelo y ahora, de repente...

Si antes, durante el encuentro sexual me había sorprendido en el amplio sentido de la expresión, ahora sí que estaba en un punto límite.

No podía creer lo que estaba escuchando. La verdad es que la realidad me estaba superando y no estaba preparado para eso.

—Dime la verdad, Martín. ¿Estás saliendo con alguien?

Le busqué la mirada en esa noche serena que nos escoltaba cómplice. Podía verle las pupilas dilatadas, las ansias por oírme y debía ser cuidadoso con lo que diría.

—Mariano, creo que no cambian las cosas si estoy saliendo con alguien o no. No deberíamos hablar de eso, sino de otras cosas...

Al fin y al cabo yo estoy instalado en Montevideo y ya no me vería viviendo en un lugar como este y... O sea... No importa. La verdad es que no importa si estoy saliendo con alguien o no.

—Si te lo pregunto es porque a mí sí me importa, Martín. No es tan complicado, ¿no?

Contuve la respiración y ahora sentía toda la energía de sus ojos sobre mí.

—Pero... pero si no me lo quieres decir es porque sí, porque sí estás saliendo con alguien. Mira, yo sé que esto no va a pasar de esta noche.

No... Eso lo tengo más claro que el agua pero... No sé... No... La verdad es que me pregunto por qué mierda esta vida es tan perra cuando se empecina con uno y...

—Mariano, nos conocemos de toda la vida: pero... ahora, escuchándote, descubro que todo lo que supuestamente sabía de ti no era más que una mentira.

¿Por qué te sigues empecinando en vivir en una mentira? Hay cosas que dependen de uno para salir... Y si tú quieres puedes cambiar esto... ¿Por qué te empecinas a vivir en una mentira, Mariano?

—¡Por la misma razón por la que no me quieres decir si estás saliendo con alguien!

—¡Pues sí!, estoy con alguien y me siento bien con él.

Mis palabras fueron como un puñal y el silencio castigó más que mil lanzas arrojadas a destiempo.

—No lo puedo creer, no, no.... Yo... yo nunca pensé que tú llegarías tan lejos con algo así pero... veo que me equivoqué, —musitó.

—Mariano, de verdad te lo pregunto: ¿por qué te sigues empecinando en vivir en una mentira? No es vida lo que estás teniendo y lo sabes bien.

Mira que estamos dos días en este mundo y ni el tiempo ni la muerte esperan ni perdonan a nadie. Espero que cuando abras los ojos no sea tarde.

Mis palabras quedaron rebotando en el aire como la brisa que ahora nos acompañaba.

—No es fácil, Martín. No, no lo es. Nunca lo fue.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—Yo no dije eso...

Al oírme se desgarró en el llanto. Yo estaba rebasado por el contexto desde cada ángulo y no sabía cómo reconducir el encuentro que habíamos tenido.

Como todavía no asumía que lo estaba escuchando llorar, me senté a mirarlo mejor y se arrojó a mis brazos como un niño temeroso de la oscuridad.

—No es fácil, Martín. No... ¡Te juro que lo he intentado una y mil veces pero... no puedo hacer nada por mí! No lo hago a propósito.

Y yo sé mejor que nadie que la vida se me está yendo. De verdad te lo digo... Yo no sé por qué Dios me hizo así y no un *hombre de verdad, normal*. No... No sé.

Él, cada vez, se aferraba con más ahínco a mi cuerpo. Yo lo oía en silencio tan debilitado como si su futuro dependiese completamente de mí.

La brisa había aumentado hasta que él, poco a poco, se fue calmando y quedó a un lado, mirando el infinito. En sus ojos vi tanta tristeza que parecía que cargase con una cruz auestas.

Me hubiese gustado entrar en su mente en ese instante, aunque sabía bien que su estado de confusión era grande, demasiado como para ignorarlo.

Grandes dudas lo azotaban constantemente, el futuro lo amenazaba y el qué dirán le estancaba desde todas las perspectivas.

—Martín, ¿por qué es tan difícil esto?

Lo miré firme y me correspondió.

—La verdad es que no sé, Mariano. Pero, lo que sí sé, es que si nosotros no hacemos nada para cambiar, ya sabemos lo que va a pasar en el futuro.

O sea, está en nuestras propias manos cambiar el mañana. La vida, el destino y el futuro mayormente están en nuestras manos.

Él quedó pensando varios minutos.

—Tengo miedo, Martín, —murmuró.

—Yo no estoy diciendo que sea fácil pero... pero si no hacemos nada por nosotros, nadie lo hará. Nadie mejor que nosotros para conocer nuestras carencias y los puntos débiles.

Se acercó, me dio un beso y se puso de pie mientras siguió mirando esa noche que estaba siendo testigo de las horas más surrealistas que había vivido hasta ese día. Yo lo miraba desnudo y no podía creer, aceptar ni entender que a un hombre como él le pasasen esas cosas, que tuviese miedo y que no se animase a vivir.

La vida es así. Le gusta jugar con cartas marcadas. Creo que todo es un gran ajedrez donde debemos saber cómo mover cada pieza.

Según las decisiones que tomemos sellaremos el futuro y siempre quedará la duda en saber qué hubiese pasado si se decide otra cosa.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Nunca terminamos de conocer a la gente, incluso no nos terminamos de conocer ni siquiera a nosotros mismos, porque a veces hacemos cosas que teníamos vetadas por una norma auto-impuesta.

Para las cosas importantes de la vida nunca se está preparado. Y yo, a esa altura, no tenía la menor idea qué decir ni cómo seguir ese encuentro.

Él me gustaba, sí, ¡claro que me gustaba de una forma impresionante!, de hecho, estaba enamorado de él de toda la vida pero...

Yo no podía decirle y mucho menos prometerle nada. Además... ¡Oh, Dios! Ahora también estaba Manuel y él no merecía lo que yo acababa de hacer.

Hasta ese día le había sido fiel. En la universidad había tenido alguna que otra oportunidad, pero nada que valiese la pena.

En cambio, con... Mariano era diferente. Era distinto. No sé si era una prueba que me había impuesto Dios o quién y no la había superado.

Él era mi amor de toda la vida y acabábamos de hacer el amor. ¡Sí, he dicho de hacer el amor! Porque yo lo amaba desde que era niño.

Y ahora estaba con él, tras haberlo hecho, desnudos bajo ese cielo estrellado que siempre me recordará ese encuentro.

Él, de pronto, se abrazó a sí mismo como protegiéndose del frío. Yo sabía que eran sus propios temores los que no lo dejaban en paz en ningún instante.

Después me buscó la mirada y pude ver tantas cosas en ella que me estremeció. Intentó sonreír aunque solo le salió una mueca.

—Gracias, —dijo.

—Ay, Mariano.

Miró su reloj que estaba entre la ropa, sobre el suelo.

—¿Qué hora es?, —pregunté.

—Son las cuatro y media.

Faltaba poco para el amanecer y yo no quería que terminase nunca más esa noche, ¿o sí? No lo sabía bien y el tiempo me presionaba.

No quería que papá me viese entrar a esa hora. Tenía claro que no me preguntaría nada, lo conocía bien, pero no quería que su cabeza especulase con una cosa u otra.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

Era mejor dejar las cosas así. Por mi parte, no estaba entre mis planes decirle a papá mi orientación sexual. Ya me las arreglaría para seguir zafando.

Tiempo al tiempo. Considero que todos podemos tener la sexualidad que nos apetezca ya que lo que hacemos dentro de cuatro paredes bien puede quedar en ese lugar para siempre.

A los pocos minutos nos vestimos. Yo lo veía más guapo que nunca mientras que seguía sin poder creer lo que estaba sucediendo.

No aguanté y lo empecé a besar. Él agradeció ese gesto. A continuación iniciamos el viaje de regreso y Mariano me acompañó hasta la puerta de casa.

Allí nos despedimos con un beso en los labios. Nos miramos a los ojos durante unos segundos que se me hicieron mágicos y sonrió.

—No me olvides, —musitó—. Nunca más olvidaré de esta noche.

—Ni yo.

Arrancó la marcha mansamente y lo observé desaparecer en las penumbras de lo que ya se estaba convirtiendo en la aurora.

Había refrescado: sin embargo, dentro de casa haría un calor colosal. Los veranos de Salto siempre han sido crecidos y ese no fue la excepción.

No quería ducharme. Quería mantener por más tiempo el olor y los rastros de esperma de Mariano. Me excitaba. Me acosté y pasé las manos por mi cuerpo. Aún sentía el olor a semen, a hombre, a sudor, a Mariano y no era necesario que cerrara los ojos para revivir lo que me había hecho pasar el amor de mi vida.



Cuando regresé a Montevideo y vi a Manuel esperándome en la terminal de autobuses, me sentí el tipo más ruin, traidor, estafador, sucio y asqueroso que puede existir sobre la faz de la tierra.

Así me sentí yo. Una auténtica rata salida de las cloacas. Y es lo que era al fin y al cabo, ¿no? No tenía perdón de Dios, de Manuel, ni de nadie. Ni siquiera de mí.

No sabía qué hacer y desconocía si él se daría cuenta de algo cuando viese mis ojos. Manuel estaba tan guapo y ansioso que me desarmó por dentro.

Estaba bien vestido, sonriente y yo me había acostado con Mariano. ¡Maldita sea! La culpa había llegado en el lugar y momento menos esperado.

Sí que pasé un mal reencuentro, pero debía seguir, no podía echarlo todo por la borda. Además, no estaba previsto entre mis planes de vida enamorarme.

Es decir que recordar mi objetivo me hizo sentirme mejor, al menos por un minuto. Creí controlar el escenario una vez más.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

A partir de ahí, al haber recordado mi objetivo, no lo veía como una traición, ya que Mariano era mi amor de toda la vida.

Sin contar que solamente tenía veinte años y era necesario que probase otros cuerpos, otras pieles, otros hombres, ¿no? ¡La vida está hecha para vivirla!

    Mi camino recién estaba iniciando y uno de los instintos primarios que hay en la naturaleza es el instinto de la carne, del placer, el sexo.

    Independientemente de la orientación sexual, somos seres sexuales y en el mundo homosexual es casi una regla la promiscuidad.

    Todo esto pasa porque en el mundo homosexual masculino llevamos el sexo en la punta de la polla, literalmente hablando.

    Y cada vez que se tiene una oportunidad de estar con alguien en la cama, es difícil que se lo rechace. No imposible, pero sí muy difícil.

    En el mundo gay todo pasa de forma inversa a lo que sucede en el mundo heterosexual. Primero se tiene sexo y luego se conoce a la persona.

Y es difícil que no se dé esta regla. De una manera u otra siempre lo he podido comprobar. No está bien ni mal, solo que se da así.

Manuel me dio un abrazo tan fuerte con el que me dijo muchas cosas. En ese saludo estaba implícito el papel real de lo que yo estaba significando en su vida.

Luego me besó fuertemente en la mejilla ante varios ojos que nos inspeccionaron con mirada crítica, agarró mi maleta y emprendimos el viaje.

—¿Cómo te fue?

Lo miré y sonreí.

—Bien. Muy bien. Papá está bien y mis hermanos también.

—Me alegro.

Continuamos caminando en medio del ruido atronador de la capital.

—¿Y?

—Me gustó verlo. La verdad es que temía ese encuentro, pero me gustó verlo. Estuvimos hablando y, obvio, apareció el tema de las novias.

Le dije que no me pensaba casar ni tener hijos. Cuando le di mis razones, creo que me entendió. La verdad es que no me puse a pensar en eso...

Le busqué la vista.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—Creo que papá bien me podría aceptar si le digo que soy gay, —agregué—. No sé. No lo tengo pensado pero... Hay algo que me dice que me aceptaría sin más. Me miró y seguimos andando. Le oía en medio del ruido de la ciudad y no dejaba de tragar saliva, una y otra vez. Ya le conocía. Había algo que no estaba bien.

—Yo creo que si papá se llegara a enterar de que a mí me gustan los hombres... me mataría, —murmuró. Asimilé esas palabras como pude. No sabía qué decirle.

—No creo que eso vaya a pasar. De todas maneras, tú y yo tenemos todos los cuidados necesarios para que eso no vaya a pasar, —lo consolé.

✓

Siempre me pasaba lo mismo y esa vez no fue la excepción. Cada vez que hacía los más de quinientos kilómetros de viaje en los vehículos que eran del año de María Antonieta, llegaba agotado.

El ruido, el calor, el cambio... ¡Dios, era todo junto! No había quien aguantase eso, no. Y, por si fuera poco, ahora la culpa me estaba destrozando.

✓

Llegamos al apartamento y, sin pensar en nada más que en mi bienestar, me desnudé en el salón. Manuel no me apartaba la mirada.

Enseguida me metí en la bañera y dejé la puerta del baño abierta. Casi me dormí en el agua mientras él no dejaba de mirarme.

—Cada día me gustas más, —susurró.

Yo no estaba seguro de si lo había escuchado o me lo había imaginado. No lo sabía y cuando se puso de pie frente a mí, abrí los ojos.

Me terminé de bañar, agarré una toalla y fui al salón. Él había acomodado mi desorden y me senté en el sofá grande tras secarme, desnudo.

Él se sentó a mi lado y apoyó la cabeza sobre mis genitales, y sonrió: se había recostado en el sofá y usaba mi bajo vientre como almohada.

—Cada día me gustas más, —volvió a susurrar.

No. No lo había soñado ni imaginado. Era verdad. Lo había dicho. Me acarició dócilmente la mejilla sin apartarme los ojos de encima.

La polla seguía dormida. Puse la mano sobre su pecho, entre la piel y la camiseta. Mientras tanto yo meditaba y no sabía qué hacer.

La realidad me estaba superando y estaba perdiendo el control una vez más, y eso no me gustaba. Tenía que pensar rápido y no se me ocurría nada.

A mí también me gustaba Manuel, aunque no podía, no sabía, ni quería demostrar mis verdaderos sentimientos respecto a él... ni nadie.

En fin, —estaba en una encrucijada y no veía ninguna luz en el camino. Las palabras de Maquiavelo tampoco me calmaron esa vez.

Valió la pena... ¿Te gustaría vivir la vida que no elegiste?

—Ahora que estuviste tantos días fuera de mi lado, aproveché el tiempo para pensar y pensar mucho, muchísimo, Martín.

Y me pregunté qué va a pasar con nosotros cuando termines tu carrera. Ya conozco tus planes de vida y no está entre ellos quedarte en este país, ¿no?

Entonces, cuando me di cuenta de que eso sí o sí va a pasar, me sentí tan vulnerable que no supe qué hacer. Tengo miedo, Martín.

A pesar de todo era verdad lo que me estaba diciendo y eso era lo que más me dolía. No obstante, no le había contado todos los planes, por si acaso.

Debía guardarme un haz en la manga. No le hablé, por ejemplo, que no quería enamorarme. Y ese era el punto más importante de nuestra situación.

—Falta tiempo para eso, —finalmente dije.

—Tres años te quedan. Sí, tres años...

Hizo una pausa en la que meditó un instante.

—Eres un excelente estudiante, Martín. Y eso todo el mundo lo sabe. No creo que te vayas a atrasar precisamente. No, eso no te va a pasar.

El tiempo pasa rápido y ya me di cuenta de que estoy enamorado y... pero... Ya sabemos cómo son mis padres, cómo es mi padre sobre todo, cómo es esta sociedad de mierda en la que vivimos, ¿no?

Las presiones, cada vez, son más grandes y yo no sé hasta qué punto debo o tengo que aguantar. Hoy... hoy... no sé, Martín, y tengo miedo.

De ti sé que estoy enamorado y temo lo que pueda pasar en el futuro, en nuestro futuro... ¿No sé si me entiendes lo que te quiero decir?

*Es verdad lo que Manuel me está diciendo, pero, ¿qué puedo hacer yo para que se tranquilice?, —pensé.*

—No sé bien varias cosas... Sé que tengo que conocerte más... pero lo único que tengo claro en la vida, es que no te quiero perder por nada del mundo.

No. Eso sí que no. No me gustaría que lo nuestro acabase nunca. Jamás. Sé que somos jóvenes aún y este mundo es muy difícil para vivir algo así, pero... no sé...

Yo creo que bien podríamos seguir adelante. No creo que en este siglo vaya a ver a dos hombres caminando de la mano por la calle sin que ello levante polémica como podría pasar hoy en día.

No... no... la verdad es que no lo creo, pero... pero lo que tenemos tú y yo es algo bonito, Martín. Sí, muy bonito y... y no quiero que se vaya a acabar nunca.

Si eso fuese a pasar yo no sé lo que haría. Te amo, Martín. Ya no son dos días los que nos conocemos y, si nos lo proponemos, bien podríamos seguir adelante.

Paseó los ojos por los alrededores hasta que clavó toda la atención en mí.

—¿Qué piensas, Martín?

Cerré los ojos y así estuve como un minuto. Cuando los volví a abrir, los suyos apuntaban hacia el techo, aunque yo sabía bien que no estaba viendo nada.

